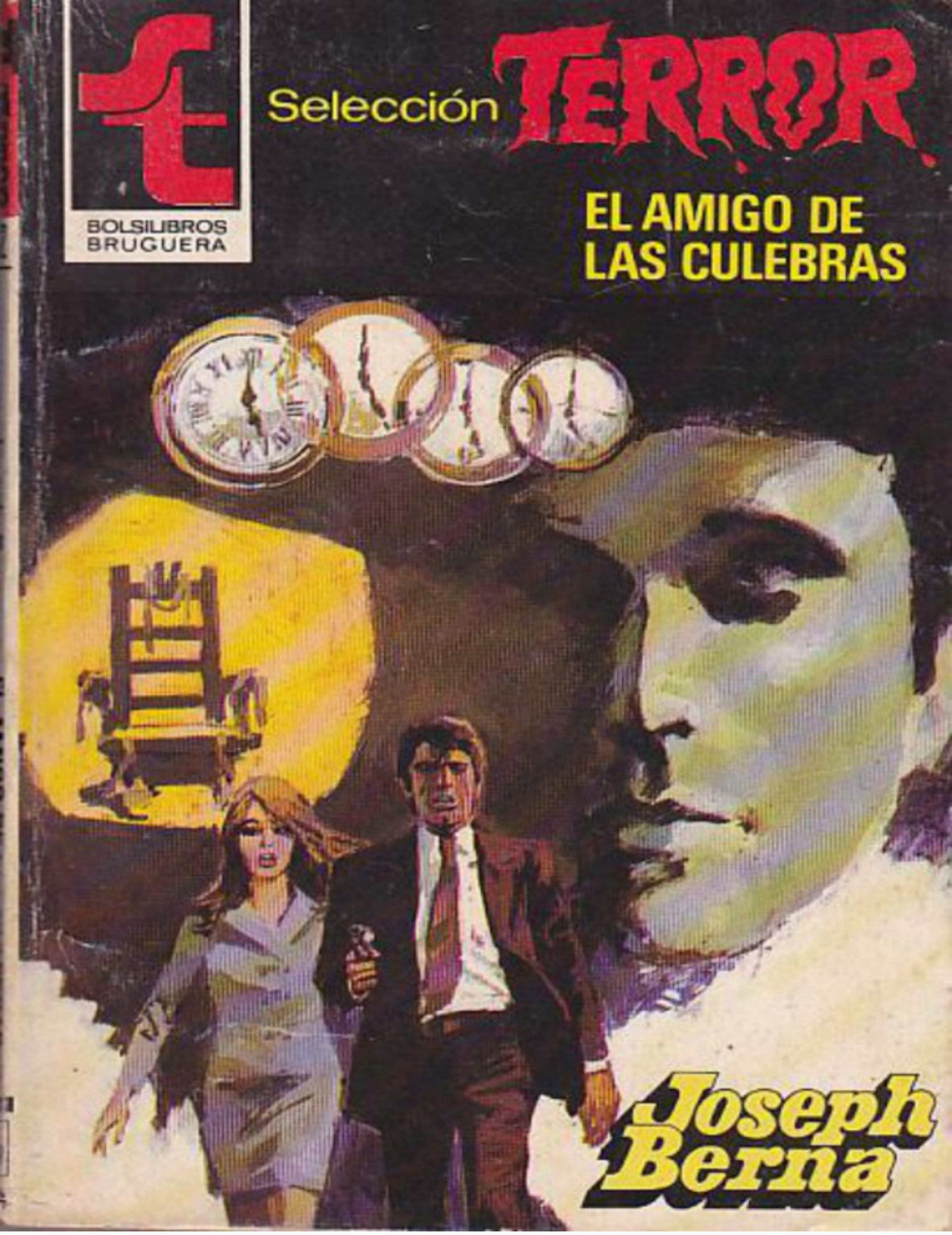

Selección TERROR
BOLSILIBROS BRUGUERA
EL AMIGO DE LAS CULEBRAS
Joseph Berna



SELECCION

TERROR

JOSEPH BERNA

EL AMIGO DE LAS CULEBRAS

Colección SELECCION TERROR n.° 512 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

507 — *Pánico a bordo.* Clark Carrados.

508 — *Viaje al interior de la muerte.* Frank Caudett.
509 — *Mis amados muertos.* Adam Surray.
510 — *Granja de malditos.* Ralph Barby.
511 — *El final del laberinto.* Clark Carrados.

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 35.089-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1. a
2. a

edición: diciembre, 1982 edición en América: junio, 1983

Todos los personajes *y* entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclu-sivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Abby McGraw detuvo su coche, un Plymouth verde, frente a la casa. Una casa grande, solitaria, que ya tenía sus años.
Se alzaba a unos veinticinco kilómetros de San Francisco.
Abby cogió su bolso, que descansaba en el asiento, y salió del coche.

Era una chica más bien alta, bien formada, de pelo rubio y ojos claros. Lucía un bonito vestido azul turquesa, con abertura frontal, y calzaba zapatos blancos, de fino tacón. Abby se fijó mejor en la casa.

No le gustaba.
Ella esperaba encontrar otra cosa.

De todos modos el aspecto de la casa era lo de menos. Lo importante era conseguir el empleo.

Y Abby estaba dispuesta a lograrlo. Lo necesitaba.

Decididamente caminó hacia la puerta y pulsó el timbre. Tuvo que aguardar casi dos minutos.
Después, la puerta se abrió y un hombrecillo se dejó ver.

Abby le concedió unos cuarenta y cinco años. Y, eso, haciéndole un favor. Seguramente tendría algunos más.

A Abby le gustó aún menos que la casa, ya que el tipo, además de medir poco más de metro y medio, estaba más chupado que la colilla de un puro.

Y, por si faltaba algo, tenía cara de loco.
Quizá se debía a que tenía el cabello crecido y desordenado.

Un cabello grisáceo, áspero, rebelde, que por lo visto no quería saber nada con el peine. El extraño personaje usaba lentes y llevaba puesta una bata blanca, en la que se apreciaban algunas manchas.

¿Y si se tratara de un científico...?
Fue lo que pensó Abby.
Y deseó que así fuera.

Prefería trabajar para un científico, que hacerlo para un loco. Claro que algunos científicos están un poco «tocados»...

Dispuesta a salir de dudas, la joven se presentó:
—Soy Abby McGraw.

—¿La chica que llamó por teléfono...? —preguntó el hombrecillo, con voz de flauta travesera.

El ridículo timbre de voz del tipo casi provoca la risa de Abby. La muchacha se contuvo a duras penas y asintió con la cabeza.
—La misma.

—Oh, pase usted, por favor.
—Gracias.

Abby entró en la casa.

El vestíbulo, muy largo, estaba reciamente amueblado. Tampoco le gustó a Abby.

Lo encontró un tanto siniestro. ¿Figuraciones suyas...? Seguramente.

La casa era antigua y unos muebles modernos hubieran desentonado en ella. El hombrecillo cerró la puerta y se presentó a su vez:
—Soy Edward Lansing.
Abby le sonrió y le tendió la mano.

—Mucho gusto, señor Lansing.

—Llámeme profesor Lansing, por favor —rogó él, estrechándole la mano. Lo hizo con poca fuerza.

Su mano, además de pequeña y huesuda, era fría y resultaba ciertamente desagradable al tacto, por lo que Abby no se entretuvo en rescatar la suya.
—¿Es usted científico, profesor Lansing...? —preguntó la muchacha.
—En efecto —asintió el singular personaje.

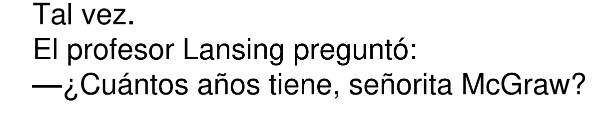
—Qué interesante.
—¿Le costó mucho encontrar mi casa, señorita McGraw...?

—Un poco. Pero, gracias a las indicaciones que usted me hizo cuando llamé, conseguí dar con ella.
—Es una chica lista, no cabe duda.

—Si me da usted el empleo, procuraré no defraudarle, profesor Lansing —prometió Abby.
El científico la observó de pies a cabeza, con detenimiento.

Abby tuvo la desagradable sensación de que Edward Lansing la estaba desnudando con sus ojillos de sabio distraído.

¿Figuraciones suyas, nuevamente...?


Tal vez.
El profesor Lansing preguntó:
—¿Cuántos años tiene, señorita McGraw?

—Veintidós.
—Es usted muy joven. Y muy atractiva, también.

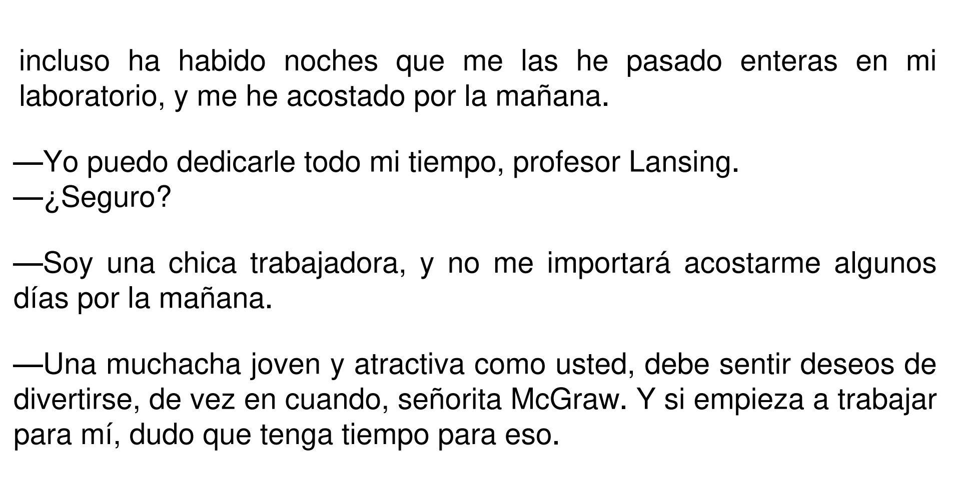
—Una chica del montón.
—Eso quisieran las del montón.

—Es usted muy amable, profesor Lansing. El científico se rascó la grisácea pelambrera.

—Le diré la verdad, señorita McGraw. Hubiera preferido que tuviera usted algunos años más, y que no fuera tan bonita.
—¿Por qué?
—Su juventud y su belleza pueden ser un inconveniente, señorita McGraw.

—¿En qué sentido, profesor?

—Verá, yo necesito una ayudante que me dedique todo su tiempo, porque tengo mucho trabajo. Sé cuándo entro en mi laboratorio, pero nunca sé cuándo voy a salir. Algunas noches trabajo hasta muy tarde. Lo dejo a altas horas de la madrugada, e



incluso ha habido noches que me las he pasado enteras en mi laboratorio, y me he acostado por la mañana.

—Yo puedo dedicarle todo mi tiempo, profesor Lansing.
—¿Seguro?

—Soy una chica trabajadora, y no me importará acostarme algunos días por la mañana.

—Una muchacha joven y atractiva como usted, debe sentir deseos de divertirse, de vez en cuando, señorita McGraw. Y si empieza a trabajar para mí, dudo que tenga tiempo para eso.

—No se preocupe, profesor. Quiero el empleo. Me hace mucha falta. No pensaré en diversiones, se lo garantizo.
—¿No tiene usted novio, señorita McGraw?
—No.

—¿Y algún amigo íntimo...?
—Tampoco.

—No me estará engañando para que le dé el empleo, ¿verdad?
—Le juro que no, profesor.

—¿Vive sola, señorita McGraw?
—Sí.

—¿Tiene parientes en San Francisco?
—No, sólo una tía en Los Angeles. Pero hace años que no la veo.

—Bien, si todo eso es cierto...

—Lo es, profesor Lansing, le doy mi palabra. El científico sonrió suavemente.
—La creo, señorita McGraw.
—¿Me da el empleo, profesor? —preguntó Abby, nerviosa.
—¿Se conforma con seiscientos dólares mensuales?

—Me conformo.
—Si su trabajo y su dedicación me satisfacen, le subiré el sueldo muy pronto.

—Haré méritos para ello, profesor —sonrió Abby.

—Bien, el empleo es suyo, señorita McGraw.

—Le estoy muy agradecida, profesor Lansing.
—¿Cuándo puede empezar a trabajar, señorita McGraw?

—Ahora mismo, si quiere.
—¿De veras?

—¿No dijo usted que tenía mucho trabajo, profesor...?
—Vaya si lo tengo.

—Manos a la obra, pues.
Edward Lansing sonrió ampliamente.

—Me gusta usted, señorita McGraw.

—Y usted a mí, profesor Lansing —mintió Abby, porque el científico le seguía pareciendo un tipo raro.
Pero le había dado el empleo.

Y seiscientos dólares mensuales, aunque distaban mucho de ser una fortuna, no era un mal sueldo para empezar. Además, el profesor Lansing había hablado de un próximo

aumento de sueldo.
Por todo ello, Abby se sentía contenta.

Y hasta dejó de importarle que Edward Lansing midiera poco más de metro y medio de estatura, que estuviera delgado como un hueso, y que tuviera cara de no tener la mente muy sana.

Por su manera de expresarse, el profesor Lansing había demostrado estar perfectamente cuerdo, así que Abby ya no albergaba ningún temor.
El científico la cogió del brazo con suavidad.
—Venga conmigo, señorita McGraw. Le presentaré a mis amigas.

Abby, que ya había echado a andar, se quedó parada al escuchar las últimas palabras de Edward Lansing.
—¿Ha dicho *amigas,* profesor?
—Sí.
—¿Y a qué clase de amigas se refiere?

—A las culebras.
Abby dio un nervioso respingo.

—¿Ha dicho *culebras,* profesor...?

—Si, me dedico a eso, señorita McGraw. Estudio las diversas especies de serpientes, su forma de vivir, sus reacciones... Hace años que vengo trabajando con ellas, y he descubierto muchas cosas. Y aún pienso descubrir muchas más. Es realmente apasionante trabajar con las culebras, créame.
Abby no dijo nada.
El terror la había dejado muda.

Edward Lansing tiró suavemente de ella.
—Vamos, señorita McGraw. Verá qué especies más raras tengo en mi laboratorio.

Abby sintió deseos de soltarse y correr hacia la puerta, pero pensó en el empleo y en los seiscientos dólares mensuales, y se dejó llevar por el científico.

CAPITULO II

Gary Selten, teniente de la policía de San Francisco, se dirigía en su coche a un punto determinado de la costa, llevando junto a él al sargento Keach.

Keach era un tipo robusto, con una estatura que se aproximaba al metro noventa. Tenía treinta y siete años de edad, la nariz ligeramente aplastada, y el mentón cuadrado.

A primera vista, se diría que el sargento Keach había sido boxeador antes que policía. Un boxeador del peso pesado, naturalmente, pues rondaba los cien kilos en neto.
Es decir, en cueros vivos.

Keach solía decirlo así, pues tenía una báscula en su cuarto de baño, y se subía a ella cuando salía de la ducha.

Gary Selten también tenía una estatura bastante elevada, aunque no tanto como el sargento Keach. El dejó de crecer cuando llegó al metro ochenta, que tampoco estaba nada mal. Contaba treinta y dos años de edad, tenía el pelo negro, y poseía un cuerpo fuerte y atlético. Sus facciones, aunque un tanto severas, resultaban agradables, especialmente para las mujeres.

A pesar de ello, el teniente Selten continuaba soltero.

Y seguramente seguiría así bastante tiempo, por falta precisamente de eso, de tiempo para entablar una relación amorosa, profunda y duradera que le llevase inexorablemente al matrimonio.

La policía de San Francisco siempre tenía casos que resolver.

De manera especial, la Brigada de Homicidios, a la que pertenecían el teniente Selten y el sargento Keach. Todavía estaban investigando un caso, cuando ya había otros dos o tres que atender.

Aquella mañana, sin ir más lejos, había surgido un nuevo caso.

Una muchacha había aparecido muerta en un lugar solitario de la costa, entre unas rocas, completamente desnuda.
Había sido descubierta por un pescador.

El hombre avisó inmediatamente a la policía, y el teniente Selten y el

sargento Keach se dirigían ya hacia allí.
El lugar, desde luego, era ideal para ocultar un cadáver.

De no haber sido por el pescador, el cuerpo de la muchacha hubiera tardado mucho tiempo en ser descubierto.
Gary Selten detuvo el coche.

—Vamos, sargento —dijo, saliendo del vehículo. Keach descendió también.

El pescador, que esperaba su llegada, agitó los brazos desde el lugar en donde se encontraba.
—¡Por aquí! —gritó.

Selten y Keach fueron hacia allí.
—¿El señor McKinney...? —preguntó primero.

—Para servirles —respondió el pescador, un sujeto delgado, de unos treinta y ocho años

de edad.
—Soy el teniente Selten, y mi acompañante es el sargento Keach.

—Me alegro de conocerles.
—¿Dónde está el cadáver de la chica, señor McKinney?

—Sígame, teniente —rogó el pescador, y echó a andar. Selten y Keach fueron tras él.
Poco después, McKinney se detenía junto a unas rocas y extendía el brazo.
—Ahí, teniente.

Selten y Keach miraron entre las rocas y vieron a la muchacha.

Aparentaba unos veinticuatro años de edad, era morena, guapa de cara, y estaba muy bien de formas. Su completa desnudez permitió a los policías descubrir las extrañas señales que la chica tenía en el cuello, en los pechos, y en los muslos.

—¿Qué diablos será eso, teniente...? —se preguntó Keach.
—No lo sé, sargento.

—Se diría que la chica fue mordida en varios puntos de su cuerpo, antes de ser asesinada.

—Sí, y por unos colmillos muy afilados.
—¿Está pensando en algún animal, teniente?

—Sí.
—¿Una serpiente, por ejemplo...?

—Una... o varias.
El sargento Keach se estremeció visiblemente.

—¿Varias, teniente...?

—Si realmente son mordeduras, hay muchas, sargento. Y no todas son iguales. Si se fija bien, verá que unas marcas están más distanciadas entre sí que otras.

—Es cierto, teniente.

—De ello se puede deducir que, caso de que el forense certifique que se trata de mordeduras de serpiente, no todas tenían el mismo tamaño, sino que las había unas más grandes que otras. Al poseer un

tamaño mayor, también sus mandíbulas eran mayores, sus colmillos más largos, y a la vez más separados. Por eso hay unas marcas más distanciadas entre sí que otras, porque las fauces de los reptiles eran más grandes.

—Creo que tiene usted razón, teniente Selten. Aparte de esas horribles marcas, que parecen mordeduras, la víctima no ofrece ningún otro tipo de heridas. Las serpientes debían ser venenosas y le causaron la muerte al hincarle los colmillos.

—Es lo que yo pienso, sargento Keach.
El pescador que descubriera el cadáver de la muchacha morena, carraspeó y dijo:

—Lo que ustedes dicen es terrible, teniente Selten. Los dos policías se volvieron hacia él.
—Sí, lo sabemos, McKinney —respondió Gary.

—Y no me refiero al hecho, más que probable, de que la muchacha muriera a causa de las mordeduras de varias serpientes venenosas —añadió el pescador—. El otro hecho es más espantoso aún.

Selten y Keach cambiaron una mirada. El primero preguntó:

—¿A qué otro hecho se refiere usted, señor McKinney?

—Al de haber dejado el cadáver de la chica aquí, en este lugar de la costa, oculto entre esas rocas, sin ninguna ropa ni objeto que sirva de pista para poder identificar a la víctima.
—Continúe, señor McKinney —rogó Selten.

—Bueno, salta a la vista que esta pobre muchacha murió asesinada. Y el arma que utilizó el criminal, fueron las serpientes venenosas. Desnudó completamente a la chica, y la arrojó a las serpientes, para que diesen buena cuenta de ella. ¿Se imaginan ustedes el terror de la joven, al verse rodeada de serpientes venenosas...?
El sargento Keach se estremeció de nuevo.

También el teniente Selten sintió una especie de ramalazo en la espalda, muy frío, que provocó el eriza- miento de su piel.

Ambos volvieron a mirarse, en silencio.
El pescador no hizo más comentarios.
Y es que sus propias palabras le habían obligado a estremecerse.

Gary Selten se mesó el cabello de una manera maquinal, que denotaba preocupación, y dijo:

—Es pronto para hacer afirmaciones tan categóricas, señor McKinney. Mientras no tengamos un informe detallado de los resultados de la autopsia, no debemos sacar conclusiones. De cualquier modo, le ruego que no comente usted con nadie lo que hemos hablado aquí. Manténgalo en secreto, por favor.

—Descuide, teniente. Ni una sola palabra saldrá de mi boca en ese sentido —prometió el pescador.
—Gracias —sonrió levemente Selten.
Después, observó de nuevo el cadáver de la chica morena.

El sargento Keach se volvió también hacia las rocas que ocultaban el cuerpo de la infortunada muchacha.
—¿Cuánto tiempo debe llevar muerta, teniente? —preguntó.
—Un par de días. Tres, a lo sumo.

—No va a ser fácil identificarla.

—Quizá los del Departamento de Personas Desaparecidas puedan

ayudarnos. Si alguien echó de menos a esta muchacha, y denunció su desaparición, tendrán su descripción completa. Y hasta es posible que una fotografía de la chica.

—No tendremos tanta suerte —rezongó Keach, francamente pesimista.

CAPITULO III

El laboratorio de Edward Lansing se hallaba en el sótano de la casa.

El científico abrió una puerta y apareció la escalera de semicaracol que bajaba hasta el sótano.

—Por aquí, señorita McGraw —indicó,
con una suave sonrisa. Abby titubeó.
No se atrevía a bajar al sótano.

Se lo imaginaba lleno de serpientes, de todas las especies, y sólo de pensarlo se le ponían los pelos de punta.
—Espere un momento, profesor Lansing.
—¿Ocurre algo, señorita McGraw...?
—Las serpientes.

—¿Qué pasa con las serpientes?
—Me dan un poco de miedo, ¿sabe?

—¿De veras?

—Bastante miedo, si he de ser sincera.

—Bueno, no es usted la única. En realidad, son muchas las personas que temen a las serpientes. Más que temor, sienten pánico. Un terror infinito. Pero es porque no las conocen bien, señorita McGraw.

—¿Usted cree?

—Las culebras, en general, son inofensivas. Al menos, no son más peligrosas que el resto de los animales. Lo que pasa es que tienen muy mala fama. Y la arrastran desde hace miles de años, las pobres. Que si son unos bichos repugnantes, que si son unos bichos asquerosos, que si son unos bichos traicioneros... Nada de eso es cierto, señorita McGraw. La mayoría de las serpientes son hermosas. Y, algunas especies, realmente bellísimas por su maravilloso colorido.

—¿Y qué me dice de las venenosas?

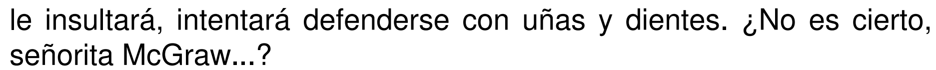
—Muchas lo son, tengo que reconocerlo. Pero también segregan veneno muchas especies de arañas, cuando pican. Y los alacranes. Y otros muchos bichos. Sin embargo, la peor fama se la llevan las

serpientes. Y es terriblemente injusto, créame. Las culebras no suelen atacar a menos que se vean en peligro. Son unos animales pacíficos. Si no se las molesta, no se muestran agresivas. Y si se las trata con cariño, ellas se muestran sumamente cariñosas también. Les encanta que las acaricien, que las besen, que las mimen... Como las mujeres. Usted es mujer, señorita McGraw, y sabe que tengo razón.

—Bueno, yo...

Edward Lansing sonrió picaronamente.

—Confiéselo, no le dé vergüenza. Si un hombre se muestra amable y cortés con usted, la acaricia con suavidad, la besa con dulzura, y la mima como si fuera lo más valioso del mundo para él, usted se sentirá feliz, le abrirá su corazón, y le devolverá complacida los mimos, las caricias, y los besos. En cambio, si el hombre la trata con brusquedad, con dureza, e incluso se muestra violento con usted, su reacción será muy distinta. Le gritará,


le insultará, intentará defenderse con uñas y dientes. ¿No es cierto, señorita McGraw...?

—Desde luego, profesor. Pero, volviendo a las serpientes...

—No tiene nada que temer de ellas, señorita McGraw. En primer lugar, porque están todas enjauladas.

—¿Y no pueden salirse?

—Por supuesto que no. Todas las jaulas están bien cerradas. Pero, aunque no fuera así y alguna se escapara, tampoco pasaría nada. Yo soy amigo de ellas. Las quiero, y ellas me quieren a mí. Es un amor recíproco, señorita McGraw.

—A mí no me conocen sus culebras, profesor Lansing, y podrían...

—No le harán ningún daño, se lo garantizo. Basta que la vean conmigo, para que adivinen que es mi amiga. Y usted se hará también amiga de ellas. Aprenderá a quererlas, y ellas la querrán también a usted, señorita McGraw/

—No, profesor, no sé. Toda mi vida he tenido miedo a las serpientes, y no creo que...

—En cuanto empiece a tratarlas, su miedo desaparecerá por completo, se lo garantizo.

—Bueno, puesto que me garantiza tantas cosas, me atreveré a bajar a su laboratorio, profesor Lansing.

—Le encantarán mis culebras, ya verá —sonrió el científico.

—Pero no me pida que bese a ninguna, ¿eh? —bromeó Abby.

—¡Desde luego que no! —rió Edward Lansing—. Comprendo que es demasiado pronto para eso. Pero, con el tiempo...

— ¡Antes le beso a usted! —se le escapó a la muchacha.

—Oiga, eso no parece un cumplido, precisamente...

Abby enrojeció, dándose cuenta de su desliz. Con el fin de arreglarlo, rompió a reír y dijo:

—¡Ha sido una broma, profesor Lansing!

—Celebro que tenga ganas de bromear, señorita McGraw. Venga, bajaremos ya a mi laboratorio —apremió el científico, cogiéndola nuevamente del brazo.

El frío contacto de la huesuda mano del profesor Lansing en su brazo desnudo, volvió a resultar sumamente desagradable para Abby. Mucho más que antes, incluso, porque ahora ella sabía que el científico trabajaba con las culebras, que las tocaba, que las acariciaba, que incluso las besaba...

Sólo de pensarlo, el vello de su brazo se erizó.

El de todo su cuerpo, en realidad, porque la sensación de repugnancia la estremeció de arriba abajo. Ser tocada por la mano del profesor Lansing, era como ser tocada por una serpiente.

Abby empezaba a arrepentirse de haber acudido a aquella casa. Lo de los seiscientos dólares mensuales estaba muy bien, pero...

Acabaron de descender la escalera de semicaracol. Abby dio una rápida ojeada al laboratorio del profesor Lansing.

Casi se desmaya. ¡Estaba repleto de jaulas!

¡Y en todas ellas había serpientes! ¡Algunas de ellas eran enormes! ¡Gigantescas!

¡Terroríficas!

Abby tenía los ojos dilatados.
La boca abierta.
La cara muy pálida.
Los labios temblorosos...

Y no eran los labios lo único que le temblaba. Toda su persona era un puro temblor. Edward Lansing se dio cuenta de ello y sonrió. —¿Impresionada, señorita McGraw...? Abby boqueó un par de veces y consiguió responder: —Terriblemente, profesor...

—No creyó usted que tuviera tantas culebras en mi laboratorio, ¿verdad?

—Ni que tuviera tantas, ni que fueran tan grandes... —Bueno, hay grandes y pequeñas. Y medianas también, por supuesto.
Abby extendió su tembloroso brazo y señaló una de las jaulas.
—¿Cuánto mide ésa, profesor...?
—Casi diez metros.

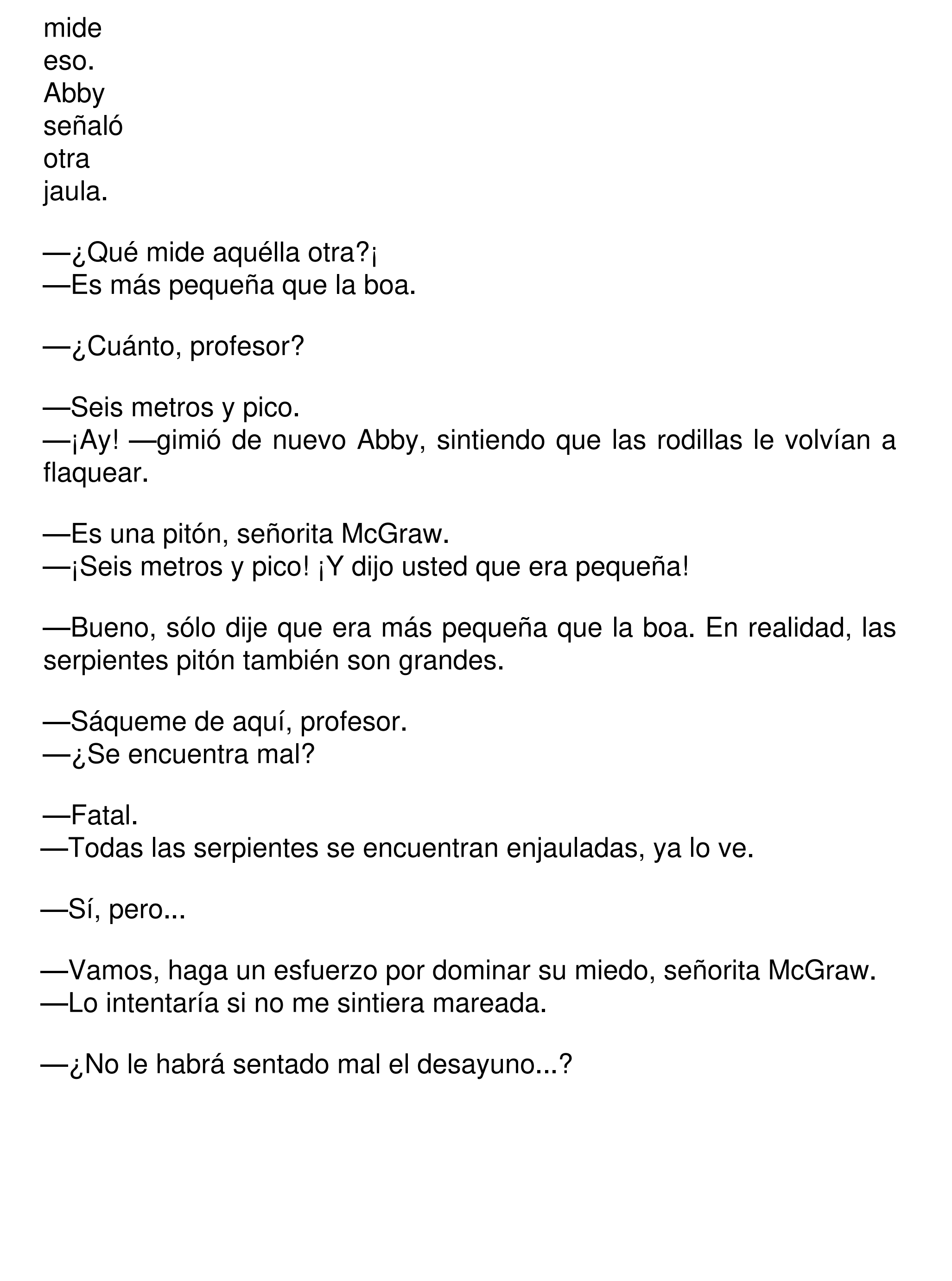
—¡Ay! —gimió la joven, sintiendo que las piernas se le volvían de mantequilla. Edward Lansing explicó:

—Es una boa. La mayor de las especies conocidas. De ocho a diez metros de largo, suelen tener. La boa no es venenosa, pero tiene tal fuerza, que puede sujetar un toro o un tigre.

—¡Imagínese si se enrolla a mí! ¡Me dejaría más quieta que un semáforo! El profesor Lansing se echó a reír.
—Eso ha tenido gracia, señorita McGraw.
—Creo que voy a renunciar al empleo, profesor.

—No digas tonterías.
—No podré moverme por entre jaulas ocupadas por serpientes de diez metros.

—Sólo la boa



mide eso. Abby señaló otra jaula.

—¿Qué mide aquélla otra?¡
—Es más pequeña que la boa.

—¿Cuánto, profesor?

—Seis metros y pico.
—¡Ay! —gimió de nuevo Abby, sintiendo que las rodillas le volvían a flaquear.

—Es una pitón, señorita McGraw.
—¡Seis metros y pico! ¡Y dijo usted que era pequeña!

—Bueno, sólo dije que era más pequeña que la boa. En realidad, las serpientes pitón también son grandes.

—Sáqueme de aquí, profesor.
—¿Se encuentra mal?

—Fatal.
—Todas las serpientes se encuentran enjauladas, ya lo ve.

—Sí, pero...

—Vamos, haga un esfuerzo por dominar su miedo, señorita McGraw.
—Lo intentaría si no me sintiera mareada.

—¿No le habrá sentado mal el desayuno...?

—Lo que me han sentado mal son las serpientes. Especialmente, la boa y la pitón.
—No exagere, señorita McGraw.

—Ellas son las exageradas, con sus casi diez metros y seis metros y pico de largo, respectivamente. Yo sólo mido un metro setenta.
Edward Lansing rió.
—Veo que tiene un excelente sentido del humor, señorita McGraw.

—Lo que tengo es una tonelada de miedo.
—Déme la oportunidad de quitárselo, se lo ruego.

—Dudo mucho que lo consiga, profesor.
—Déjeme probar, y le demostraré que está equivocada.

—¿Qué piensa hacer, profesor Lansing?

—Convencerla de las culebras son los seres más pacíficos, inofensivos, y cariñosos del reino animal. Las verdaderas amigas del hombre.

—El amigo del hombre, es el perro.

—Los perros muerden, señorita McGraw. Y provocan la rabia de la persona mordida, si no están vacunados.

—Entonces, me quedo con los gatos. Son una balsa de aceite.

—No lo crea, señorita McGraw. Los gatos, pese a su tranquila apariencia, son extraordinariamente peligrosos, como todos los felinos. Pueden enfurecerse re-pentinamente, por cualquier motivo, y hacer mucho daño. ¿Sabe lo que le ocurrió a un viejo conocido mío...?
—No me diga que se lo comió un gato.

—No, no se lo comió, pero lo dejó ciego de los dos ojos. Abby tuvo un claro estremecimiento.

—¿En serio, profesor...?
—Sí, no crea que bromeo, señorita McGraw.

—¿Qué ocurrió?

—Pues, sencillamente, que ese amigo del que le hablo le pisó involuntariamente el rabo a su gato. El felino chilló, y cuando su amo

retiró el pie, saltó sobre su cara y se la destrozó con sus afiladas garras. Y centró su ataque en los ojos, el muy traidor. Se los arrancó los dos.

Abby se tambaleó.
—¿Quiere usted que me desmaye, profesor Lansing?

—Oh, no, nada de eso.
—Pues no me cuente historias tan terroríficas, por favor.

—Discúlpeme, señorita McGraw. Sólo quería demostrarle que las culebras no son más peligrosas que los perros, los gatos, o cualquier otra especie animal.

—Creo que me ha convencido, profesor.
—No, señorita McGraw —sonrió el científico—.

Cuando realmente se convencerá, será cuando me vea jugar con las serpientes como un niño con sus juguetes. Hago con ellas lo que quiero, y las culebras, lejos de enfadarse, se prestan al juego y se divierten tanto o más que yo.

—Eso tendré que verlo, para creerlo —murmuró Abby.
—En seguida lo va a ver, señorita McGraw. Pero antes, por favor, quítese el vestido y

póngase esta bata blanca —Edward Lansing le ofreció una bata idéntica a la suya. Seguidamente, explicó—: Los colores fuertes y vivos excitan a las serpientes. Se distraen, y ya no atienden mis indicaciones. Es una de las muchas cosas que he averiguado con mis estudios sobre las reacciones de las culebras.

Abby vaciló.

—¿No puedo ponerme la bata encima del vestido, profesor?

—No, es mejor que se lo quite. Yo no la miraré mientras se despoja de él, no se preocupe —sonrió el científico, y le dio la espalda.

Abby exhaló un suspiro y musitó:

—Todo sea por los seiscientos dólares mensuales...

CAPITULO IV

El teniente Selten y el sargento Keach se encontraban en el Departamento de Personas Desaparecidas, pero ninguna de las fotografías ni de las descripciones de las mujeres cuya desaparición había sido denunciada en los últimos días correspondía a la muchacha more-na cuyo cadáver descubriera McKinney, el pescador, en aquel solitario lugar de la costa, oculto entre las rocas.

Gary Selten suspiró.
—Aquí no hay nada, sargento.

—Sabía que no tendríamos tanta suerte, teniente —rezongó Keach.

—Bueno, quizá la desaparición de la chica morena sea denunciada hoy, mañana, o tal vez pasado. Mientras tanto, buscaremos en otro sitio. Vamos, sargento.

Gary y Keach abandonaron el Departamento de Personas Desaparecidas, no sin antes rogar que les avisen si alguien denunciaba la desaparición de una muchacha cuya descripción se ajustase a la de la chica hallada muerta en la costa.

Al salir de él, Gary Selten tropezó con una joven que pretendía entrar en el Departamento de Personas Desaparecidas.
—¡Oh! —exclamó la chica, trastabillando.
Gary se apresuró a sujetarla por la cintura, antes de que perdiera el equilibrio.

—Lo siento, señorita.

—No se preocupe, la culpa ha sido mía —reconoció la muchacha—. Iba distraída, y no le vi salir.

—¿Se ha hecho daño?

—No, ninguno. Aunque tropezase con usted, es como tropezar con una roca —sonrió la chica.

—Pues si llega a chocar con el sargento Keach... El no es
una roca, es un farallón. Keach rió.

—No exagere, teniente Selten.

La joven observó al sargento Keach.

—Creo que el teniente Selten tiene razón, sargento Keach. Si llego a tropezar con usted, me rompo un par de huesos.
Ahora fue Gary Selten el que rió.
Ya había soltado la delgada cintura de la chica.

Era una muchacha bastante bonita, de pelo rojizo, ojos castaños, y labios bien dibujados. De cuello para abajo, tampoco estaba mal, pues aunque poseía un cuerpo estilizado, contaba con los relieves necesarios para atraer las miradas de los hombres.

Aparentaba unos veintitrés años de edad, y vestía un pantalón blanco, muy ajustado, y una blusa de tirantes, a rayas horizontales, blancas y rojas. Calzaba zapatos descubiertos, de cómodo tacón, y de su hombro derecho pendía un bolso marrón.

—¿Cómo se llama? —preguntó Gary.
—Christie Gray —respondió la joven.

—¿Podemos hacer algo por usted, Christie?

—Mucho, teniente.
—Nos tiene a su disposición.

—Gracias, muy amable.
—¿Cuál es su problema, Christie?

—Norma Tandy.
—¿Quién es Norma Tandy?

—Una amiga mía.
—¿Y qué le pasa a Norma?

—Ha desaparecido, teniente.
Selten cambió una rápida mirada con Keach.

—De modo que su amiga Norma ha desaparecido, ¿eh?
—Así es, teniente.

—¿Cuánto hace que desapareció?

—Exactamente, no lo sé. Pero calculo que unos tres o cuatro días. La he buscado por toda la ciudad, pero no he podido dar con ella. Finalmente, me he decidido a denunciar su desaparición. Quizá ustedes puedan encontrarla, teniente Selten.

—¿Cómo es Norma Tandy, Christie?

—Tiene veinticuatro años, el pelo negro, la piel morena, los ojos verdes... Es muy guapa, y posee una figura espléndida.
Selten y Keach intercambiaron una nueva mirada.

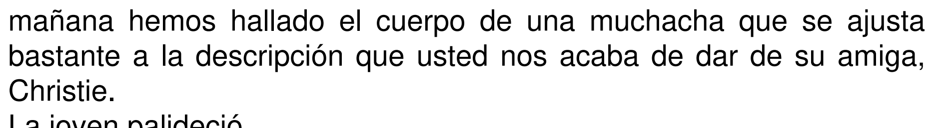
La descripción de Norma Tandy encajaba perfectamente con la muchacha encontrada muerta en la costa.
Selten preguntó:
—¿Tiene usted alguna fotografía de su amiga Norma, Christie?

—No, lo siento. ¿No les basta con la descripción que les he dado, teniente?
—Probablemente, sí.

—¿Buscarán a Norma, teniente Selten?
—Me temo que la hemos encontrado ya, Christie.

—¿Qué?

—Bueno, no es seguro que se trate de Norma Tandy, pero esta



mañana hemos hallado el cuerpo de una muchacha que se ajusta bastante a la descripción que usted nos acaba de dar de su amiga, Christie.

La joven palideció.

—¿El cuerpo, dice...?

—Sí.

—¿Está muerta...?

—La chica que hemos encontrado, sí. Pero quizá no sea Norma Tandy, Christie.

—¿Puedo verla, teniente Selten?

—Iba a pedírselo, Christie.

—Lléveme junto a ella, por favor.

—Vamos —dijo Gary, cogiéndola suavemente del brazo.

* * *

Se encontraban ya en el Depósito de Cadáveres. El forense abrió el cajón ocupado por la chica morena.

El cadáver se hallaba totalmente cubierto por una acartonada sábana. Junto al forense estaba el sargento Keach.

Al otro lado del cajón estaban el teniente Selten y Christie Gray. La muchacha, terriblemente nerviosa, apretó el brazo de Gary.

Este hizo una muda indicación al forense, quien procedió a descubrir el rostro de la chica morena.
Christie Gray no pudo reprimir un grito.

Después, se puso de espaldas al cajón y hundió su cara en el pecho del teniente Selten, rompiendo en amargos sollozos.

Fue la más clara confirmación de que se trataba del cadáver de Norma Tandy. Gary Selten hizo otra indicación al forense, y éste metió el cajón en el frigorífico.

El teniente esperó unos segundos, respetando el dolor de Christie Gray. Después, dijo:
—Es Norma Tandy, ¿verdad?

—Sí, es ella —respondió la joven, entre sollozos.

—Lo siento mucho, Christie.
La muchacha levantó la cabeza y lo miró, con los ojos llorosos.

—¿Dónde la encontraron, teniente?

—En un lugar solitario de la costa, oculta entre unas rocas, sin ropa ni ningún objeto personal que nos sirviera de pista para identificarla.
—¿Desnuda, dice...?
—Sí, completamente.

—¿Cómo murió, teniente?
Selten miró al

forense.

—Pues, la verdad es que todavía no lo sabemos, Christie. Mientras no se le practique la autopsia... Su cuerpo ofrece unas extrañas señales, que parecen marcas de dientes, y...
Christie Gray se estremeció.
—¿Marcas de dientes...?

—Sí, eso es lo que parecen —carraspeó Gary.

—¿Norma fue mordida...?
—Todo hace pensar que sí, pero...

—¡La violaron!
—El forense asegura que no, Christie.

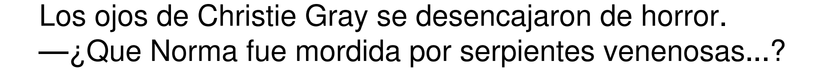
La muchacha se volvió hacia el médico forense.
—¿Es cierto, doctor...?

El forense asintió con la cabeza.

—Norma Tandy no fue violada, se lo puedo garantizar. Lo supe en cuanto le eché la primera ojeada al cadáver.
—¿Entonces, las señales de dientes...?
—No eran dientes humanos, Christie.

—¿Qué...?

—Norma no fue mordida por un hombre, sino por varias serpientes, algunas de ellas venenosas.


Los ojos de Christie Gray se desencajaron de horror.

—¿Que Norma fue mordida por serpientes venenosas...?

—Lo puedo afirmar, aunque todavía no le haya practicado la autopsia. Las marcas son inconfundibles.

—¡Pero eso no es posible!

—A todos nos parece extraño, pero es exactamente lo que ocurrió, Christie —insistió el forense—, Norma Tandy fue atacada por varias serpientes, la mordieron en distintos puntos de su cuerpo, y como algunas de ellas eran venenosas, le causaron la muerte.

—¡Quiero verlo!

—¿Qué?

—¡Quiero ver el cuerpo de Norma!

El forense consultó con la mirada a Gary Selten.

Este, tras unos segundos de vacilación, asintió con la cabeza.

El forense tiró nuevamente del cajón en donde reposaba Norma Tandy, retiró la sábana, y el cuerpo desnudo quedó totalmente al descubierto.

Christie Gary observó las horribles marcas que el cadáver de su amiga ofrecía en su cuello en sus pechos, y en sus piernas.

Y, como sabía que habían sido causadas por los afilados colmillos de varias serpientes, algunas de ellas venenosas, no pudo resistirlo y se desmayó.

CAPITULO V

Abby McGraw se había despojado ya del bonito vestido azul turquesa, quedando en pantaloncitos y sujetador, muy breves y sugestivas ambas prendas.

Edward Lansing le seguía dando la espalda.

Había dicho que no miraría y estaba cumpliendo su palabra. Abby cogió la bata y se la colocó.

Como era del profesor Lansing, y éste tiraba más a enano que a gigante, le quedaba bastante corta.

—Parece que me haya puesto una minibata... —murmuró, mirándose el palmo de muslo que la prenda no alcanzaba a cubrir.
—¿Puedo volverme ya, señorita McGraw? —preguntó el científico.
—Sí, profesor.
Edward Lansing se dio la vuelta y la observó.

—Está usted muy atractiva en bata, señorita McGraw —dijo, sonriendo.
—¿De veras?

—Bueno, la verdad es que usted estaría atractiva hasta en traje de buzo. El piropo del científico hizo reír a Abby.

—Se agradece la galantería, profesor.
—Bien, será mejor que vayamos con la demostración. Venga conmigo, señorita McGraw

—rogó, cogiéndola por el codo y obligándola a adentrarse por entre las jaulas de serpientes.

Abby no se opuso, aunque seguía mirando con auténtico pánico a las distintas especies de culebras.

—¿Seguro que todas las jaulas están bien cerradas, profesor Lansing...?
—Sí, no tema.

—¿Adónde me lleva?

—A la jaula de la coronela.

—¿También tiene encerrada a la mujer de un coronel...? Edward Lansing soltó una sonora carcajada.
—¡Eso ha estado muy bueno, señorita McGraw!
—¿Quiere decir que he hecho un chiste, profesor?

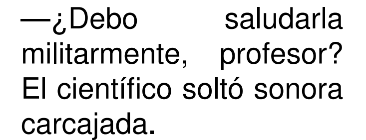
—¡Y de los buenos!
—Explíqueme lo de la coronela, profesor Lansing, y a lo mejor me río yo también.

—La coronela lisa es una serpiente. Pertenece al género de ofidios colúbridos. Tiene la cabeza alargada y el cuerpo cilíndrico. Mide sólo metro y medio. Y no es venenosa.

—Una lagartija, vamos, si la comparamos con la boa o la pitón.

—¡Exacto! —rió de nuevo el científico.
Abby no le imitó.

Y es que le resultaba muy difícil reír hallándose rodeada de serpientes de todos los tamaños y formas.
Edward Lansing se detuvo frente a una de las jaulas.
—Ahí tiene a la coronela, señorita McGraw.


—¿Debo saludarla militarmente, profesor?
El científico soltó sonora carcajada.

—¡Es usted tremenda, señorita McGraw!
—¿Sabe que la coronela ya no me parece una lagartija, profesor?

—Es natural. No existen lagartijas de metro y medio.
—Oiga, usted también hace chistes.

—Pero no son tan buenos como los suyos, señorita McGraw.
—¡Eh!, ¿qué está haciendo, profesor Lansing...? —exclamó Abby, respingando.

—Abrir la jaula.
—¿Para qué?

—Voy a jugar un poco con la coronela.
—¡Déjela en paz o se lo diré al coronel!

La salida de Abby provocó nuevamente la risa del científico.

—¡Por favor, señorita McGraw, no haga más chistes o terminaré con dolor de barriga de tanto reír!
La joven se calló.

Estaba terriblemente asustada.
Edward Lansing ya había abierto la jaula.

Metió los brazos en ella, tranquilamente, como si las metiera en una pecera, y cogió la serpiente, sacándola de la jaula.
Abby dio un salto hacia atrás.

—¡Profesor Lansing!
El científico sonrió.
—No se asuste, señorita McGraw. Ya le he dicho que esta culebra no es venenosa.
—¿Está seguro?

—Las coronelas no lo son. Viven en sitios secos y pedregosos. Es

una de las especies más inofensivas.
—Para usted, por lo que veo, todas las especies lo son.

—En realidad, así es. Pero hay que saber tratarlas, señorita McGraw. Fíjese las cosas que hago con esta coronela lisa. La acaricio, la beso, le hago mimos...

Era cierto.
Edward Lansing hacía todo eso con la serpiente.

Y ella, como queriéndole mostrar su agradecimiento, se paseaba por sus hombros, por su cuello, por su pecho, sacando y escondiendo su bífida lengua.

Abby, entre aterrada y asombrada, contemplaba con ojos agrandados las carantoñas que el científico le hacía a la culebra, con gran complacencia por parte de ésta, al parecer.

Edward Lansing la miró.
—¿Se da cuenta, señorita McGraw? Esta coronela lisa es un pedazo de pan.

—No mojaría yo con ella, a pesar de todo. El profesor Lansing rió.
—¡Usted y sus chistes, señorita McGraw!
—Será mejor que devuelva a la coronela a su jaula, profesor.

—¿Por qué tanta prisa?

—Su demostración me ha convencido. Dijo que hacía lo que quería con sus culebras, y veo que es verdad. Si divierte usted, y ellas se divierten también. Es maravilloso, profesor.

—Sin embargo, usted sigue asustada.
—Sí, lo confieso.

—Tiene que quitarse el miedo de encima, señorita McGraw.
—Eso es muy fácil de decir, profesor.

—Y de conseguir, créame.
—¿Cómo?

—Tratándolas, señorita McGraw.
—No creo que me atreva.

—
Inténtelo,
se lo
ruego.
Abby
dudó.

—¿Qué quiere que haga, profesor?
—Coja a la coronela.

—¡Ni hablar!

—No le hará nada, se lo prometo.
—Puede que no, pero...

—Ella está deseando que usted la coja y la acaricie.
—¿Cómo lo sabe?

—Por la forma en que la mira.
Abby se fijó en los ojos de la culebra.

—Se diría que quiere hipnotizarme... —murmuró, estremeciéndose. Edward Lansing rió.

—Figuraciones suyas, señorita McGraw. Tengo en mis manos una vulgar coronela lisa, no una cobra.
—¿Tiene también cobras en su laboratorio, profesor? —preguntó la muchacha.
—Por supuesto.

—Enséñeme una —rogó Abby. El profesor Lansing titubeó. Finalmente, sonrió y dijo:

—Muy bien, le presentaré a una de mis cobras, señorita McGraw. Pero, antes, devolveré a la coronela a su jaula.
—Eso —sonrió también Abby.

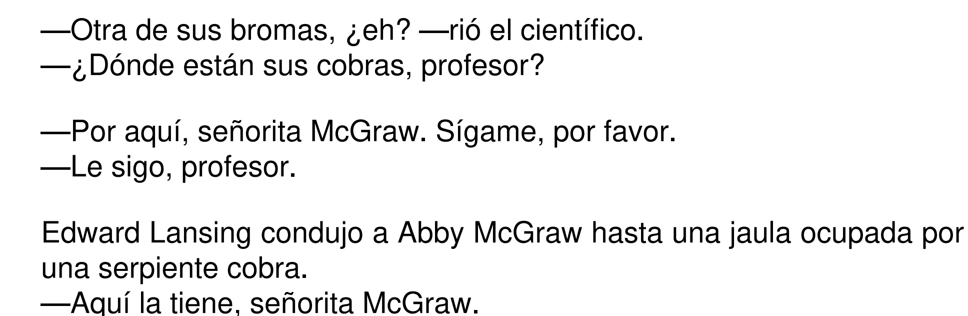
Era lo que ella quería, que el científico metiera la culebra en su jaula y no insistiera en que la cogiera y la acariciara.

Abby no quería tocar serpiente alguna.
Ni por seiscientos dólares al mes, ni por seis mil.

—Si su trabajo iba a consistir en eso, en tocar a las serpientes, no lo quería. Prefería morirse de hambre.
El profesor Lansing ya había dejado a la coronela lisa en su jaula.

—No olvide cerrarla, profesor —dijo Abby.
—No se preocupe.

—Es por si se sale de la jaula y se pierde.



—Otra de sus bromas, ¿eh? —rió el científico.
—¿Dónde están sus cobras, profesor?

—Por aquí, señorita McGraw. Sígame, por favor.
—Le sigo, profesor.

Edward Lansing condujo a Abby McGraw hasta una jaula ocupada por una serpiente cobra.
—Aquí la tiene, señorita McGraw.
Abby se detuvo a prudente distancia de la jaula, por si lo del hipnotismo era cierto.

—¿Verdad que es hermosa, señorita McGraw...? —dijo el científico.
—Una monada.

—La cobra es la reina de las serpientes.

—Pues ésta perdió la corona. Edward Lansing rió.

—Los tiene a punto, ¿eh, señorita McGraw? Abby forzó una sonrisa y preguntó.

—La cobra sí es venenosa, ¿verdad?

—Desde luego —asintió el científico—. Precisamente tienen los dientes surcados para dar salida al veneno. Y fíjese en sus primeras costillas. Las tiene dispuestas de tal modo, que puede dar a su cuerpo, seguidamente después de la cabeza, la forma de disco. Por eso, vulgarmente, se le llama «serpiente de toca». También se le suele llamar «serpiente de anteojos». Incluso «cobra» es un nombre vulgar. Su nombre verdadero, es «naja».

—No lo sabía, profesor.

—Aprenderá muchas cosas sobre las serpientes, en el tiempo que trabaje para mí, ya verá.

Abby carraspeó.
—¿En qué va a consistir exactamente mi trabajo, profesor Lansing?

—Será mi ayudante, señorita McGraw. Creo que ya se lo dije, ¿no?

—Sí, dijo usted que necesitaba una ayudante, pero entonces aún no me había hablado usted de sus culebras, y yo...
—En cuanto pierda su temor será todo muy sencillo.

—¿Tendré que cogerlas, profesor?
—Naturalmente.

—En ese caso, y sintiéndolo mucho, renuncio al empleo, profesor Lansing.
—¿Qué dice?

—No sirvo para este trabajo, profesor.
—¿Cómo lo sabe, si aún no ha empezado?

—Es mucho el miedo que les tengo a las serpientes, ya se lo he confesado.
—Lo perderá cuando las coja en sus manos y vea que no le hacen nada, se lo aseguro.

—Jamás me atreveré a tocar una serpiente, profesor.
—¿Es que no vio lo que hice yo con la coronela lisa...?

—Sí, claro que lo vi. Fue algo extraordinario, profesor Lansing, pero yo no soy capaz de hacerlo.
—¿No será que las culebras le dan más asco que miedo, señorita McGraw?
—Quizá —musitó Abby.

—Entonces, yo también debo darle asco.

—¡Oh, no! —exclamó la joven, al ver cómo se había transfigurado el rostro del científico. Y en sólo unos segundos.

Su
gesto,
ahora,
era
duro.
Acerado.
Peligroso...
—Me ha defraudado usted, señorita McGraw.

—Lo siento mucho, profesor Lansing. Será mejor que me vaya —dijo nerviosamente Abby.
—Usted no va a ir a ningún sitio, señorita McGraw.
—¿Qué?

—Se va a quedar aquí, en mi laboratorio, conmigo y con mis culebras, hasta que aprenda a quererlas como las quiero yo —decidió el científico, con una expresión que ponía el vello de punta.

CAPITULO VI

Cuando Christie Gray volvió en sí, se encontró acostada en el sofá de un despacho. Levantó la cabeza y preguntó:
—¿Dónde estoy?
—En el despacho del forense —respondió Gary Selten, que se hallaba junto a ella.

—¿Qué me ha ocurrido, teniente...?

—Se impresionó terriblemente cuando observó el cuerpo de Norma Tandy, y sufrió un desvanecimiento. Por fortuna, pude reaccionar a tiempo y evité que se desplomara. La cogí en brazos y la traje aquí. El sargento Keach quedó con el forense.

Christie Gray empezó a temblar.

Veía a Norma Tandy, tendida en el cajón, fría, rígida, desnuda, con aquellas estremecedoras señales en su cuello, en sus pechos, en sus piernas...

Señales dejadas por los colmillos de las serpientes. Y algunas de ellas, venenosas.

Christie Gray no podía imaginar una muerte más horrorosa, más aterradora, más angustiosa...

—¡Dios mío! —gimió, cubriéndose el rostro con las manos. Gary Selten tenía una copa en las suyas.
—Christie... —pronunció, tocando las manos de la muchacha.

Como ella no las retiraba de su cara, Gary la obligó a hacerlo, con delicadeza. Christie tenía los ojos cerrados y los párpados húmedos.

Gary le acarició el rostro.
—Christie...

La muchacha abrió los ojos y le miró, a través de sus lágrimas.
—Teniente Selten... —musitó.

—Beba un poco de esto —rogó Gary, acercándole la copa.

—¿Qué es?

—Whisky.
—No me apetece.

—Eche un trago, hágame caso. Lo necesita.
—Está bien.

La muchacha se incorporó ligeramente, cogió la copa, y bebió un poco de whisky.

—No debió pedir al forense que le mostrara el cuerpo de su amiga Norma, Christie — dijo Gary.

—Quería verlo, teniente. Tenía que convencerme de que lo de las serpientes era cierto.

—Desgraciadamente, lo es.
—¿Cómo pudo ocurrir, teniente?

—Trataremos de averiguarlo, Christie.
—Es tan espantoso, que resulta difícil imaginarlo.

—Beba un poco más de whisky.
—¿Quiere emborracharme para que olvide?

—El whisky la reanimará, Christie —aseguró Gary, con una ligera sonrisa.

La joven bebió otro sorbo de licor. Después, compuso una mueca y dijo:

—No es un buen whisky, ¿sabe?
—¿No le gusta?

—Sabe a barniz.
—¿Ha tomado alguna vez una copa de barniz, Christie?

—No, pero sé que este whisky sabe a eso.
—Hábleme de Norma Tandy.

—¿Qué quiere saber, teniente?
—Todo.

Christie bajó las piernas del sofá y quedó sentada en él. Con la pena claramente reflejada en el rostro, informó:

—Norma era una buena chica. Nos llevábamos muy bien. Actualmente, estaba sin trabajo, hacía días que andaba buscando un empleo, pero no lo encontraba. Un empleo que fuera de su agrado, al menos. Norma era una chica decente, y no podía aceptar cierta clase de trabajos. Sabe a lo que me refiero, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Norma era muy hermosa, gustaba extraordinariamente a los hombres. Le llovían las proposiciones deshonestas, pero ella las rechazaba todas. Perdió varios empleos por eso, por no querer acostarse con el jefe.

—¿Trabaja usted, Christie?
—No, yo estudio.

—¿Qué estudia?
—Decoración.

—Oh, quiere ser decoradora...
—Así es.

—Cuando obtenga el título, avíseme. Mi apartamento se ha quedado muy anticuado.
—Y quiere modernizarlo, ¿eh?

—Sí.
—¿Es usted soltero, teniente Selten?

—Solterísimo.

—Pues ya tiene edad para ir pensando en el matrimonio, me parece a mí. Gary tosió.
—No soy tan viejo, Christie. Sólo tengo treinta y dos años.
—A esa edad, hay hombres que ya tienen un par de hijos.

—Lo sé. Y si no tuviera tanto trabajo, seguramente yo los tendría también.
—Eso me suena a excusa.

—Es la verdad, Christie. No dispongo de tiempo para cortejar a una mujer. El trabajo me abruma. Y cada vez más, eso es lo peor.

—Pues como siga así, le veo hecho un abuelo, pero sin nietos. Porque no se pueden tener nietos si no se tienen hijos. Y los hijos no se pueden pedir por correo, hay que encargarlos personalmente. Y si usted no dispone de tiempo para eso...

Gary tosió de nuevo.
—Sigamos hablando de Norma, Christie.

—No sé qué más puedo decirle, teniente.
—¿Tenía novio?

—No.
—¿Algún amigo íntimo?

—No.
—¿Parientes?

—No.
—Estaba sola en la vida, ¿eh?

—Como yo.

—¿Tampoco usted tiene novio, Christie?
La joven movió la cabeza.
—Ni novio, ni amigos íntimos, ni parientes. —¿Tenía coche Norma, Christie?
—Sí.
—¿Cómo es?

—Un Ford azul, no demasiado nuevo.
—¿Recuerda la matricula?

—No, no la sé de memoria.
—¿Dónde vivía Norma?

—En Lanvale Street. En un apartamento de alquiler. —¿Tiene usted llave, Christie?
—No.

—Bien, no importa. Entraremos de todos modos. —¿Quiere inspeccionar el apartamento de Norma, teniente Selten?

—Sí, es conveniente echarle una ojeada. Quizá encontremos alguna pista que nos permita esclarecer lo sucedido.

Christie se puso en pie.
—Le acompañaré al apartamento de Norma, teniente.

—¿Se encuentra ya bien, Christie?

—Sí, gracias al «barniz» —respondió la joven, levantando la copa. Gary rió y la cogió del

brazo.
—Vamos, Christie.

CAPITULO VII

Abby McGraw se había quedado fría como el hielo, al escuchar las palabras de Edward Lansing.
—Bromea usted, ¿verdad, profesor Lansing?
—No, hablo muy en serio, señorita McGraw.

—No puede retenerme en su laboratorio.
—Claro que puedo.

Abby se dijo que lo mejor era echar a correr.

Y no perdería tiempo despojándose de la bata que le había prestado el científico. Cogería su vestido y su bolso, y huiría tal como iba.

El profesor Lansing no podría impedírselo.
Era un tipo bajito, extremadamente delgado, con muy pocas energías.

Si intentaba sujetarla, Abby lo derribaría de un empellón. Estaba segura de poder desembarazarse de él.
Abby no lo dudó un solo segundo más.
Echó a correr por entre las jaulas de serpientes.

Volvió un instante la cabeza, para ver si el profesor Lansing la perseguía. Sorprendentemente, no era así.

El científico se había quedado muy quieto junto a la jaula ocupada por la orgullosa serpiente cobra.
Una extraña sonrisa había aparecido en sus delgados labios.

Era como si estuviera absolutamente seguro de que Abby McGraw no podría escapar. La muchacha, en cambio, veía ahora más fácil su huida, con el científico lejos de ella. Alcanzó el lugar en donde dejara su vestido y su bolso.

Como Edward Lansing continuaba junto a la jaula de la naja, y no parecía tener intención de perseguirla, Abby cambió de parecer y se despojó de la bata.

Le repugnaba que tocara su piel, ahora que sabía que las serpientes

se habían paseado numerosas veces por ella, y como disponía de tiempo para cambiarse, no lo había dudado.

Abby arrojó la asquerosa bata al suelo.

Sin perder de vista ni un segundo al profesor Lansing, cogió su vestido. Pero, desgraciadamente, no tuvo tiempo de ponérselo.
Alguien había surgido a sus espaldas, por la escalera de semicaracol.

Abby oyó sus pasos y se volvió en el acto, todavía con el vestido en las manos. Casi se le cae, del respingo que dio.

—Oh, cielos, no... —exclamó ahogadamente, mirando con ojos espantados al hombre que bajaba por la escalera.

En un principio, Abby creyó que el tipo ocultaba su rostro bajo una máscara de mono. Pero, de máscaras, nada.
Ese era el aspecto natural del individuo.
Tenía cara de mono, y con ella asustaba a la gente.

Bueno, no sólo con su cara.

También la asustaba con su cuerpo, ya que el tipo medía alrededor de los dos metros de estatura, tenía los hombros muy separados, los brazos largos y musculosos, rematados por unas manos que parecían guantes de béisbol, tan feas y peludas como su cara. Las piernas, de muslos poderosos, las tenía ligeramente curvadas.

Por todo ello, el individuo resultaba un ser realmente terrorífico.
Abby McGraw retrocedió instintivamente, con el vestido apretado contra su cuerpo.

—No puede ser, debo estar sufriendo una pesadilla... —musitó, con temblorosa voz.

El tipo se detuvo al pie de la escalera y cruzó los brazos sobre su pecho, dando claramente a entender que iba a permanecer allí, como guardián, impidiendo el paso. Abby se vio perdida.

Al enano del profesor Lansing hubiera podido derribarlo de un empellón, pero hará falta un tanque para derribar a aquel gigante con cara de mono, cuya extraordinaria fortaleza saltaba a la vista.

Ella no podría escapar.

Se hallaba a merced del profesor Lansing.
Y de sus numerosas culebras...
Justo cuando pensaba eso, oyó la voz del científico, que había venido hacia ella:

—Le presento a Bruno, señorita McGraw. Abby miró a Edward Lansing.
—¿Qué es lo que pretende, profesor Lansing?

—Creo que ya se lo dije, señorita McGraw. La retendré en mi laboratorio hasta que deje de sentir repugnancia y miedo hacia las culebras, se haga su amiga, y les tome cariño.
—¡Eso es imposible!

—Yo la obligaré a ello. Tendrá que coger mis culebras con sus propias manos, las acariciará, las besará, y ellas se pasearán por su

cuerpo, agradecidas. Por cierto, ¿sabe que las serpientes prefieren pasearse por el cuerpo de una mujer a hacerlo por el de un hombre...? Especialmente, si la mujer está desnuda.

—¡No! —chilló Abby, aterrorizada. Edward Lansing sonrió.

—Es cierto, señorita McGraw. La suavidad de la piel femenina encanta a las culebras, y no se cansan de recorrer una y otra vez las piernas de una mujer, su vientre, sus caderas, sus pechos...

—¡No siga hablando, se lo suplico! —chilló de nuevo Abby, al borde de la histeria. El científico alargó la mano hacia ella.
—Déme su vestido, señorita McGraw.
—¡No!
—¿Prefiere que Bruno se lo arranque de las manos...?

Abby volvió sus desorbitados ojos hacia el titán que permanecía de guardia al pie de la escalera.
El profesor Lansing explicó:

—Bruno es mi hombre de confianza, señorita McGraw. Tampoco él teme a las culebras. En realidad, yo me limito a estudiarlas, y es Bruno el encargado de cuidarlas. Les da de comer, limpia sus jaulas, las saca a pasear por tumos... Es un padrazo. Con las serpientes,

claro. Con las personas, tiene mucha menos paciencia. Y no le gustan las mujeres, se lo advierto. Siempre le han tratado mal, por ser más bien feo, y él las odia.

Si no me entrega usted voluntariamente su vestido, me veré obligado a ordenarle a Bruno que se lo arrebate. Y lo hará con muy poca delicadeza, se lo aseguro.
Abby vaciló.

No quería entregar su vestido al profesor Lansing, pero tampoco quería que Bruno se acercara a ella.
El científico se cansó de esperar y ordenó:
—Arrebátale el vestido, Bruno.

El gigante descruzó los brazos y dio un paso hacia la muchacha. A Abby se le heló la sangre en las venas.

—¡No! —gritó, arrojando su vestido a las manos de Edward Lansing. Este sonrió irónicamente.

—Ya no es necesario, Bruno.

El tiarrón se quedó parado y volvió a cruzar sus hercúleos brazos sobre su pechazo. Abby, en braguitas y sostén, aguardó nuevas órdenes del científico.

Unas órdenes que ella temía, porque las adivinaba. Por eso temblaba como una hoja.
Y no precisamente de frío.

Edward Lansing se deshizo del vestido de la muchacha y se acercó a una de las jaulas, ocupada por una culebra de color amarillo, con grandes manchas cuadrangulares en el dorso y otras pequeñas en los costados, que medía algo más de metro y medio.

El científico abrió la jaula y cogió el reptil con sus manos. Después, se volvió hacia Abby y explicó:

—Esta es una serpiente toro, señorita McGraw. Una especie totalmente inofensiva. Viven en el sur de nuestro país, y silban con fuerza cuando se ven sorprendidas.

La aterrada joven no hizo ningún comentario. Esperaba la primera orden del profesor Lansing. Y el científico la dio:

—Acérquese y cójala, señorita McGraw. A Abby le entró un pánico cerval.
—No... —musitó.

—Acabo de decirle que la serpiente toro es absolutamente inofensiva, señorita McGraw. Es muy cariñosa, además. Observe cómo corresponde a mis caricias.
Era cierto.

La culebra se paseaba lentamente por el pecho, por el cuello, y por la pelambrera de loco de Edward Lansing, en plan claramente juguetón.

A pesar de ello, Abby no se movió.

No podía coger una culebra con sus manos, por muy inofensiva que fuera. Era superior a sus fuerzas.
El profesor Lansing empezó a impacientarse.

—He dicho que se acerque y coja a la serpiente toro, señorita McGraw. Abby movió débilmente la cabeza de derecha a izquierda.
—No me atrevo, profesor... —gimió.

—No se lo repetiré más veces, señorita McGraw.

El tono de Edward Lansing, claramente amenazante, hizo que Abby se decidiera a caminar hacia él, si bien con paso vacilante, inseguro, tembloroso.
El científico sonrió.
—Así me gusta, señorita McGraw.

Abby se detuvo a un metro escaso de Edward Lansing. Este le ofreció la serpiente toro.

—Cójala y acaríciela, señorita McGraw. Abby alzó sus manos.
Le temblaban alarmantemente.
Sin embargo, parecía decidida a coger la culebra.

Ya casi rozaba su amarillento cuerpo con sus manos, cuando la serpiente realizó un brusco movimiento con su cabeza y disparó su bífida lengua.

Abby dio un chillido de terror y pegó un gran salto hacia atrás. Cómo sería el salto, que perdió el equilibrio y cayó al suelo. La expresión de Edward Lansing se tomó enormemente dura.

—¡Estúpida! —rugió.
Abby, sin fuerzas para levantarse, exclamó:

—¡Lo siento, profesor! ¡Yo estaba dispuesta a obedecerle, pero la serpiente me atacó!

—¡No la atacó, señorita McGraw! ¡Sólo quería jugar con usted! ¡Ella sabía que iba a cogerla, y quiso hacerle una gracia!
—¡Pues vaya gracia!
—¡La serpiente toro quería acariciarla con su lengua!

—¡Yo creí que pretendía morderme!

—¡Lo hará, si da usted otro chillido como el de antes! ¡Los gritos asustan a las serpientes! ¡Y entonces es cuando atacan, no lo olvide!

Abby tragó saliva con dificultad.
—No volveré a gritar, profesor Lansing.

—Tampoco haga ningún movimiento brusco, ¿entendido?
—Sí.

Abby hizo de incorporarse, pero Edward Lansing ordenó:
—No se levante, señorita McGraw.

—¿Qué?

—Tiéndase completamente en el suelo. Así será más fácil para usted. Y menos peligroso, también.
Abby dilató los ojos.
—¿Va a dejar la serpiente sobre mi cuerpo...?

—Sí, eso es lo que voy a hacer. Vamos, échese. Y no se mueva ni dé grito alguno, haga la serpiente lo que haga.
Abby titubeó.
—Profesor, yo...

—¡Obedezca o llamo a Bruno, para que la sujete!
—amenazó Lansing. Se acabaron los titubeos de la muchacha.
Se tendió completamente en el suelo y cerró los ojos, para no ver cómo el profesor

Lansing dejaba la serpiente toro sobre su cuerpo, prácticamente desnudo, pues era muy poco lo que el sujetador y el pantaloncito cubrían.

El científico se agachó, pero no dejó la culebra sobre el cuerpo de la joven, sino en el suelo, muy cerca de sus piernas, para que las alcanzase por su cuenta.
Y eso hizo la serpiente.
Avanzar hacia las hermosas piernas de Abby McGraw.

CAPITULO VIII

Gary Selten estacionó su coche frente al 310 de Lanvale Street.
—Es aquí, ¿verdad? —dijo.

—Sí, teniente —respondió Christie Gray, sentada a su lado.

—Abajo, pues —habló el sargento Keach, acomodado en el asiento trasero. Se apearon los tres y penetraron en el edificio.

El apartamento de la infortunada Norma Tandy, era el 8-G, y se hallaba en la tercera planta.
—¿Cómo vamos a entrar, teniente Selten? —preguntó Christie.
—El sargento Keach se encargará de abrir la puerta. ¿No es cierto, sargento...?

—Con mucho gusto, teniente —respondió Keach, sonriendo, y extrajo una llave maestra del bolsillo derecho de su chaqueta.

La introdujo en la cerradura, sin apenas dificultad, y tanteó con ella. Tan sólo unos segundos después, conseguía hacerla girar y la puerta de abría.
—Ya está, teniente.
—Gracias, sargento.

—No hay de qué.
—Entremos, Christie —indicó Gary, cogiéndola por el codo.

—Es asombroso, teniente —murmuró la joven. —¿El qué?
—La facilidad con que el sargento Keach ha abierto la puerta.

—¿Promete guardarme un secreto, Christie?

—Prometido.
—El sargento Keach, antes de ser policía, fue caco. Christie respingó.
—¿Que fue qué...?

—Un caco de primera.
—¿Se dedicaba a robar...?

—Eso es.
—¡No puedo creerlo!

—¿Por qué no?
—Tiene cara de buena persona.

—Ahora, que es policía. Antes tenía cara de caco. El sargento Keach se echó a reír.

—Basta ya, teniente, o Christie me va a tomar miedo. Gary Selten rió también.

—¡Seguro que sí, sargento!
Christie Gray se dio cuenta de que todo había sido una broma.

—Me ha tomado la melena, ¿eh, teniente?

—Bueno, tanto como eso... —carraspeó Gary. —Debería atizarle un puntapié a la espinilla, por guasón.

—No lo haga, podría dejarme cojo. Christie miró al sargento Keach.
—Le ruego que me disculpe, sargento.

—¿Por qué?
—Por haberme tragado lo del caco.

—Creo que no se lo tragó. Dijo que no podía creerlo, y añadió que tengo cara de buena persona. Y eso me complació mucho, Christie.
—Es verdad, me resistía a creerlo. Pero el zorro del teniente Selten lo decía tan serio...
—Debió atizarle usted el puntapié, Christie.

—Es posible que aún lo haga.

—¡Sargento Keach! —exclamó Gary. El sargento tosió.

—Olvide el consejo, Christie. Se echaron a reír los tres.

Después, se adentraron en el apartamento de Norma Tandy. En el living, había varios periódicos.

Todos estaban doblados por las páginas dedicadas a las ofertas de trabajo, y algunos de los anuncios habían sido encerrados por la gruesa línea de un rotulador azul.
Rotulador que, por cierto, se encontraba sobre la mesa de cristal del living.

El teniente Selten y el sargento Keach cogieron algunos de los periódicos. También Christie Gray cogió un par de ellos.
Fue Gary quien dedujo:

—Norma debió llamar a todos estos sitios señalados por ella con su rotulador. Incluso puede que los visitara personalmente.

—Algunos de ellos no indican su dirección —observó Christie—. Sólo su número de teléfono.
—Pero si Norma llamó, le dirían dónde debía acudir —repuso Keach.

—Efectivamente, sargento —asintió Gary—. Y nosotros haremos lo propio. Tenemos que visitar todos estos sitios. Puede que en alguno de ellos esté la clave de todo.
—Tenemos tarea por delante, pues —rezongó Keach.
—Yo puedo ayudarles, teniente —dijo Christie.

—¿Usted?

—Mientras ustedes visitan los sitios que indican su dirección en el anuncio, yo puedo llamar a los que sólo indican su número de teléfono y rogarles que me faciliten su dirección. Incluso puedo fingir que estoy buscando trabajo, para que no desconfíen.
Gary sonrió.
—Ha tenido una excelente idea, Christie.

—¿Quiere decir que acepta mi colaboración, teniente Selten?
—Encantado, además.

—Gracias.
—A usted, Christie.

—¿Empiezo ya a telefonear, teniente?

—No, espere un momento. Antes tenemos que conseguir el número de la matrícula del Ford de Norma. Quiero dar la orden de que lo busquen. Si lo encontramos, puede facilitamos las cosas.

Christie miró hacia el dormitorio de su amiga.
—Norma tenía una agenda, y en ella estaba anotado el número de la matrícula de su

coche. Solía guardarla en el cajón de su mesilla de noche.
—Veamos si está allí. Usted quédese aquí, sargento.

—Bien —respondió Keach, y continuó observando los anuncios de los periódicos que Norma Tandy había marcado con su rotulador.
Gary y Christie entraron en el dormitorio de Norma.
La muchacha fue directamente hacia la mesilla de noche y abrió el cajón.

—¡Aquí está, teniente Selten! —exclamó, cogiendo la agenda de Norma.
—¡Magnífico!

Christie abrió la agenda.
—Aquí tiene el número de la matrícula del Ford de Norma, teniente Selten.

—Déjeme ver —rogó Gary.
Christie le entregó la agenda.

Gary la revisó, pero no encontró nada de interés, exceptuando el número de la matrícula del coche de Norma Tandy. A pesar de ello, dijo:
—Me quedo con ella, Christie.
—Bien.

—Volvamos con el sargento Keach.
—Un minuto, teniente Selten.

—¿Para qué lo quiere?
—¿El minuto?

—Sí.
—Para darle el puntapié en la espinilla.

—Podría darme algo que fuera menos doloroso.
—¿Como por ejemplo...?

—Un beso.
—Usted no tiene tiempo para besar a las mujeres, teniente.

—En este momento, sí lo tengo —sonrió Gary, enlazando la

cintura de la muchacha. Christie le puso las manos en los hombros.
—Como entre de pronto el sargento Keach...

—No entrará, no se preocupe —aseguró Gary, y besó los bonitos labios de Christie. Lo hizo sin prisas.
Gozando de la caricia.

Los labios de Christie sabían muy bien, y también colaboraban en el beso, demostrando que lo del puntapié en la espinilla había sido un pretexto para retener al teniente Selten en el dormitorio de Norma Tandy.

Lo que ella quería, es que Gary Selten la besara. Y lo había conseguido.

Permanecieron así, con las bocas unidas y los cuerpos pegados, bastante más de un minuto. Después, se miraron cálidamente a los ojos y Christie dijo:

—¿Ve como, si un hombre se lo propone, siempre encuentra un momento para dedicárselo a una mujer, teniente Selten?
—Tiene razón, Christie.
—Es sólo cuestión de que ella le guste lo suficiente.

—Usted me gusta bastante.

—Me alegro de que así sea, porque usted también me gusta a mí, teniente.
—¿Por qué no me llama Gary?

—Si lo prefiere...
—Creo que debemos volver con el sargento Keach.

—Sí.
—Pero, antes...

—¿Va a darme otro beso, Gary?
—Lo estoy deseando, Christie.

—Yo también —confesó la muchacha, y le ofreció sus labios, entreabiertos, cálidos, anhelantes.

Gary Selten se apresuró a cubrirlos con los suyos, en largo y apasionado beso, acompañado de un apretado abrazo, que hizo estremecer de gozo a Christie Gray.

CAPITULO IX

Abby McGraw se esforzaba inútilmente por dominar su pánico.

Continuaba tendida en el suelo del laboratorio de Edward Lansing, boca arriba, los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, las piernas muy juntas, los ojos cerrados, esperando el repugnante contacto de la serpiente toro.

Por eso le temblaba todo.

Y aún le temblaría más, cuando la culebra empezara a pasearse por su cuerpo, prácticamente desnudo.

¿Sería capaz de resistirlo...? Abby no lo sabía.

Ella estaba dispuesta a soportarlo, porque temía la iracunda reacción del profesor Lansing si empezaba a chillar y trataba de quitarse de encima a la serpiente toro a zarpazo limpio.

Temía, también, que la culebra la mordiese si ella reaccionaba histéricamente. A pesar de todo, Abby dudaba mucho que fuera capaz de permanecer inmóvil mientras el asqueroso reptil se deslizaba por sus piernas, por su vientre, por sus pechos, por su cara...

Tendría que estar atada y amordazada, para resistir sin chillidos y sin bruscos movimientos algo tan espantoso como el paseo de una serpiente por su cuerpo semidesnudo.

Edward Lansing también dudaba bastante que Abby McGraw fuera capaz de mantenerse quieta y callada mientras la serpiente toro recorría sus bellas formas de mujer, gozando con la suavidad de su piel joven y tersa.

Y lo mismo pensaba el musculoso Bruno, quien contemplaba la escena desde el pie de la escalera de semicaracol, quieto como una estatua, frío, impasible.

Muy pronto, sin embargo, se vería cómo reaccionaba Abby McGraw al contacto de la serpiente toro, pues ésta ya estaba a punto de alcanzar las desnudas piernas de la muchacha.

Y el contacto se produjo.

Un contacto tibio, viscoso, terriblemente extraño, que hizo que el cuerpo de Abby McGraw se estremeciera desde el cabello hasta las uñas de los pies.

Sintió deseos de chillar. Y de brincar del suelo.

Para evitarlo, se mordió los labios con fuerza y apretó los puños. No abrió los ojos.

Sabía que la serpiente toro estaba trepando por sus piernas, y no quería verlo. Edward Lansing sonrió ligeramente.

—Tranquila, señorita McGraw, tranquila... Lo está haciendo muy bien. Continúe así, quieta y silenciosa, y la serpiente toro no la morderá. Sólo quiere pasearse por su cuerpo, juguetear con sus hermosas formas de mujer, disfrutar de la suavidad y tersura de su piel...

Pero a Abby le resultaba muy difícil dominar su pavor.

Notaba el avance de la culebra, deslizándose lenta y suavemente por sus apretadas y temblorosas pierna. Ya había alcanzado sus rodillas, y empezaba a ascender por sus estremecidos muslos, lo que le produjo un cosquilleo difícil de soportar, especialmente al rozar las caras interiores de los mismos con su cabeza.

Y con su lengua, que de vez en cuando sacaba.

Abby se mordió los labios con más fuerza que antes, para ver si el dolor la hacía olvidarse de la serpiente que se estaba paseando por su cuerpo.
Y es que ya no podía más.

Su terror y su repugnancia podían más que su firme deseo de resistir el cálido y viscoso contacto de la culebra. Eran superiores a su voluntad, y acabarían venciéndola.
Abby estaba a punto de chillar.
De quitarse la serpiente de encima.

De ponerse en pie de un salto y echar a correr. Pero ¿hacia dónde?

Porque el laboratorio no tenía más salida que la escalera de semicaracol, y Bruno la custodiaba.

Mientras la horrorizada Abby pensaba todo esto, la serpiente toro proseguía su avance por el cuerpo semidesnudo de la muchacha.
Ya había alcanzado sus redondas caderas.

Empezó a deslizarse por su liso vientre, camino de sus turgentes senos, que el sucinto sujetador apenas ocultaba.
El corazón de Abby latía muy de prisa.

Más que latir, brincaba en el interior de su pecho, como si quisiera escapar de él. Abby temía que le fallara.

Que se parara de pronto, incapaz de soportar aquella terrible tensión, aquella espantosa angustia, provocadas por el repelente contacto de la serpiente toro, cada vez más próxima a su cara.

Abby notó que la cabeza del reptil alcanzaba el canal de separación de sus pechos y se adentraba en él. También sintió su asquerosa lengua en sus senos, azotándolos suavemente.

Instintivamente, la muchacha abrió los ojos.

Y vio la cabeza de la culebra a menos de un palmo de su cara. Vio sus horribles ojos.
Su bífida lengua, caliente y repugnante, pegajosa, posándose aquí y allá...

Fue demasiado para la estremecida Abby McGraw, y su terror, su pánico cerval, y su horror, estallaron a la vez, como conectados entre sí por un cable eléctrico.

Sus ojos se desorbitaron de tal manera, que dio la impresión de que iban a saltar fuera de sus cuentas, dejándolas espantosamente vacías. También su boca se abrió de par en par, para dar salida a un grito terriblemente agudo, potente, estremecedor, que pareció brotar de las mismas entrañas de la joven.

Más que un grito, fue un aullido salvaje, un alarido ensordecedor, que expresaba todo el pavor del mundo. Y coincidió con la increíble sacudida que dio su cuerpo semidesnudo.
Fue como si Abby McGraw recibiera una descarga de alta tensión.
O un repentino ataque de epilepsia, a juzgar por la forma en que se convulsionó su

cuerpo y cómo se agarrotaron sus miembros superiores e inferiores.

La serpiente toro, asustada, mostró sus feroces colmillos y disparó la cabeza, buscando el cuello de la histérica muchacha.
Y allí la mordió.
Abby nada pudo hacer por evitarlo.

El ataque de la culebra fue demasiado rápido. Realmente centelleante. Y, apenas soltar la dentellada, el reptil saltó del cuerpo de la joven. Abby se llevó ambas manos al cuello.

Le dolía.
Y ya había empezado a sangrar.

Abby no supo lo que ocurrió después, porque se desvaneció de horror.

* * *

—¡Maldita estúpida! —rugió Edward Lansing, enfurecido por la reacción de la muchacha—. ¡Le dije que se mantuviera quieta y silenciosa! ¡Si me hubiera hecho caso, la culebra no la habría mordido!

—Era de esperar que reaccionara así, profesor Lansing —se dejó oír el gigantesco Bruno—. Estaba muerta de miedo. Como la otra.

—¡Pues si no logra dominar su terror y su repugnancia, peor para ella, porque tampoco vivirá para contarlo!
—Será mejor que me ocupe de la serpiente toro, profesor.
—¡No, yo me encargo de devolverla a su jaula! ¡Tú ocúpate de la chica, Bruno!

—¿Qué hago con ella?
—¡Lo mismo que con la otra!

—Bien.

Edward Lansing persiguió a la serpiente toro, que se había alejado por entre las jaulas. Bruno, mientras tanto, se acercó a la desvanecida Abby McGraw, cargó con ella sin ningún esfuerzo, y la llevó hacia el fondo del laboratorio.
Allí había una mesa alargada, bastante alta.

Bruno depositó a la muchacha en ella, tendida boca arriba, y le ciñó la cintura con una gruesa correa, para que no pudiera saltar de la mesa cuando volviera en sí. En cambio, no le ató ni los brazos ni las piernas.

Así lo quería el profesor Lansing.

La chica tenía que estar sujeta a la mesa, pero con sus extremidades superiores e inferiores libres. Tenía que aprender a mantener quietos sus brazos y piernas por sí misma, sin ayuda de correas o cuerdas. Y, si no era capaz de dominar su asco y su pánico hacia las culebras, peor para ella.

Ya lo había dicho el científico.

Edward Lansing había atrapado a la serpiente toro, y ya la estaba metiendo en su jaula. Después, caminó hacia el fondo del laboratorio y se reunió con su feo pero fiel ayudante. Echó una mirada a la todavía inconsciente Abby y rezongó:

—Tendré que curarle el cuello. La serpiente toro le arreó un buen mordisco.

—Sí, fue una dentellada muy seria —convino el gigante.

—Acércame el botiquín, Bruno. El
gigantón obedeció.

Edward Lansing curó el cuello de Abby McGraw. Ya casi había terminado, cuando sonó el teléfono. El científico y su ayudante cambiaron una mirada.

—¿Contesto yo, profesor?
—No, yo lo haré, Bruno —dijo Lansing, y se dirigió hacia el teléfono.

CAPITULO X

El científico alcanzó el teléfono, tomó el auricular y se lo llevó al oído.
—¿Diga...?

—¿Oiga...?
—¿Quién llama?

—Mi nombre es Christie Gray.
—¿Qué es lo que desea?

—Verá, he leído en el periódico que ahí necesitan una chica, y como sólo indican el número de teléfono, me he permitido llamar. Estoy buscando empleo, ¿sabe?

—¿De veras?
—Sí.
—¿Cómo ha dicho que se llama...?

—Christie; Christie Gray.
—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés.
—¿Soltera...?

—Y sin compromiso. Pero no porque sea fea y desgarbada, ¿sabe? Edward Lansing sonrió.
—Es usted bonita y bien formada, ¿eh?
—Bueno, tampoco soy Bo Derek... Pero no estoy mal, de verdad.

—Seguro que no.
—¿Por qué no me conceden una entrevista personal? —Con mucho gusto, señorita.

—¿Dónde debo presentarme?

—¿Tiene usted coche propio?
—Sí.

—Entonces, no hay problema. La casa está un tanto alejada de la ciudad, pero si sigue usted mis indicaciones, no le será difícil encontrarla.
—Seguro que no.

Edward Lansing le explicó cómo llegar hasta su casa. —¿Lo ha entendido bien, señorita Gray...?
—Oh, sí, perfectamente.
—La espero esta tarde, señorita Gray.

—¿A qué hora?
—Alrededor de las cinco. ¿Le parece bien?
—Desde luego.

—Hasta la tarde, señorita Gray.
—Adiós. Y muchas gracias.

—No hay de qué —sonrió el científico, y colgó el auricular.

* * *

Abby McGraw volvió en sí, ayudada por el fortísimo olor a amoníaco.

Edward Lansing había empapado un algodón y se lo estaba aplicando a las fosas nasales. Al ver que la muchacha abría los ojos, retiró el algodón y lo arrojó al suelo.
—No quería usted despertar, señorita McGraw. Por eso recurrí al amoníaco.

Abby levantó ligeramente la cabeza, lo que le produjo dolor en el cuello. Se llevó rápidamente las manos allí, gritando:
—¡La serpiente...! ¡Me mordió en el cuello!

—Por suerte para usted, no era venenosa. Si llega a ser una cascabel, en vez de una serpiente toro...
Abby fue a decir algo, pero el científico se le adelantó.

—Estoy muy disgustado con usted, señorita McGraw. Le ordené que permaneciera quieta y silenciosa, pero...

—¡No pude, profesor Lansing! ¡Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no pude continuar inmóvil! ¡Por eso chillé y me agité, presa de un ataque de nervios!
—Le dio un susto de muerte a la serpiente toro.
—¡Ella sí que me lo dio a mí!

—No le estaba haciendo ningún daño, señorita McGraw. Sólo se paseaba por su cuerpo.
—¡No pude resistirlo, se lo repito!

—Pues no tendría más remedio que vencer su terror y su repugnancia, porque será una serpiente venenosa la que se pasee por su cuerpo, y como se agite o se ponga a chillar, la culebra se asustará y la morderá, como hizo la serpiente toro.

Abby se llenó de pánico.

—¡No, profesor Lansing, por lo que más quiera! ¡Una serpiente venenosa, no! !Me matará!

—No le hará nada si usted permanece inmóvil y callada, señorita McGraw.
—¡No podré!

—Entonces, lo siento por usted.

Abby irguió el torso con brusquedad, sin importarle ya el dolor que

sentía en el cuello por la reciente mordedura de la serpiente toro.
—¡No puede obligarme a soportar a sus culebras, profesor Lansing!

—Sí que puedo, señorita McGraw.
—¡No tiene ningún derecho a jugar con mi vida!

—Es cierto, no lo tengo. Pero lo voy a hacer. Y nada ni nadie podrá impedírmelo.
—¡Está usted loco, profesor Lansing!

—Estoy perfectamente cuerdo, señorita McGraw. Y ahora, por favor, tiéndase en la mesa y quédese muy quieta. Como verá, sólo está sujeta a ella por la cintura. Puede mover los brazos y las piernas, pero le aconsejo que no lo haga. La víbora cornuda del Sahara se pondría nerviosa y le soltaría una dentellada.

Una oleada de frío estremeció el cuerpo de Abby McGraw.
—¿La víbora qué...?

—Víbora cornuda del Sahara. Es una serpiente muy hermosa, pero también muy peligrosa, como todas las víboras. Si la resiste usted sobre su cuerpo, sin agitarse ni dar gritos, resistirá ya cualquier especie de culebra. Y de eso precisamente se trata, señorita McGraw. Quiero que se haga amiga de las culebras, ya se lo dije. Que deje de temerlas,

de sentir asco hacia ellas, y que aprenda a quererlas.
Abby se llevó las manos a las mejillas, blancas como el mármol.

—Dios mío, no lo permitas... — gimió, sin apenas voz.

—Tiéndase, señorita McGraw — insistió el científico. Abby no obedeció.

Estaba mirando la correa que apretaba su desnuda cintura. Como tenía las manos libres, podía soltarla.

¿Y
después...?
Nada.

No conseguiría nada soltándose, porque el energúmeno de Bruno estaba allí, a sólo un metro de la mesa, y no la dejaría saltar de ella.
Ni siquiera permitiría que se soltara la correa.
Para que no le quedase ninguna duda al respecto, Edward Lansing dijo:

—Obedezca, señorita McGraw, o tendré que pedirle a Bruno que intervenga. Abby se echó a reír.

Tendría que soportar el paseo de la serpiente venenosa por su cuerpo semidesnudo, quieta y callada, o la víbora la mordería y ella pasaría a mejor vida.
El profesor Lansing sonrió.

—Buena chica —dijo, y se alejó en busca de la víbora cornuda del Sahara. Abby temblaba sobre la alargada mesa.

—Dios mío, dame fuerzas para resistirlo... — musitó, cerrando los ojos. Se mantuvo así hasta que oyó regresar al loco científico.
Abby abrió los ojos.

Le fue muy difícil ahogar un grito de terror, porque la víbora cornuda del Sahara era un bicho espantoso.

¡Y el profesor Lansing había dicho que era hermosa! Abby creyó morirse de espanto.

A pesar de todo, no se movió.
Sabía que le iba la vida en ello.

Quiso cerrar nuevamente los ojos, pero no pudo. Sus párpados no la obedecían.
Estaban como paralizados.

Abby, por tanto, continuó mirando con ojos aterrados a la horrorosa víbora cornuda del Sahara, a la que Edward Lansing acariciaba suavemente.
De pronto, el científico indicó:
—Despójese del sujetador, señorita McGraw.

—¿Qué? —musitó la joven.
—Es mejor que esté con los pechos desnudos, créame.

—Pero...
—¿Prefiere que se lo quite Bruno?

—No —respondió al instante Abby, y se quitó el breve sujetador, quedando con sus hermosos pechos al aire.

El profesor Lansing y Bruno clavaron sus ojos en los senos desnudos de la muchacha, que temblaban como toda su persona.

—Bien, podemos empezar —sonrió el científico, y dejó la serpiente venenosa en un extremo de la mesa, junto a los pies de Abby.

La víbora cornuda del Sahara no tardó en trepar por las piernas de la aterrorizada joven. Abby estuvo a punto de agitarlas, pero milagrosamente logró mantenerlas quietas.

La serpiente venenosa continuó su ascenso, alcanzando los muslos de la muchacha, sus caderas, su vientre, sus pechos...
Hasta ahí resistió la horrorizada Abby.

Después, al igual que le sucediera con la serpiente toro, su terror estalló al ver tan próxima a su cara la horrible cabeza de la víbora cornuda del Sahara.
Abby chilló, se agitó convulsivamente, y pataleó.
Y la víbora, naturalmente, se asustó y le clavó sus afilados colmillos en el seno derecho.

CAPITULO XI

En el apartamento de Norma Tandy, Christie Gray aguardaba el regreso del teniente Selten y el sargento Keach.

Había llamado ya a todos los sitios marcados por la infortunada Norma con su rotulador, en los que sólo se indicaba el número de teléfono, sin mencionar nombres ni direcciones.
Alrededor de la una y media, Gary Selten y el sargento Keach estaban de vuelta.
—Hola, Christie —saludó Gary.

—¿Alguna novedad, teniente Selten? —preguntó la muchacha.
—Desgraciadamente, ninguna.

—Puede decirse que hemos perdido el tiempo —suspiró el sargento Keach.

—Creo que yo no lo he perdido —dijo Christie.
Selten y Keach se miraron.
Después, el primero preguntó:
—¿Ha averiguado algo, Christie?

—He llamado a los teléfonos de los anuncios sin dirección, y uno de esos sitios me dio mala espina.
—¿Qué paso, Christie?

—Verá, se trata de una casa que, según me explicó el tipo con quien hablé, se alza a unos veinticinco kilómetros de la ciudad, en un paraje solitario. El hombre, que por cierto tiene un timbre de voz bastante ridículo, no mencionó su nombre en toda la conservación, a pesar de que yo le di el mío al principio de la misma. Sospechoso, ¿no?

—Continúe, Christie —rogó Gary.

—El tipo me preguntó la edad, si era soltera, y si tenía coche propio. Me espera esta tarde, a las cinco.
—Muy interesante.
—Iremos a ese lugar, ¿verdad, teniente?

—Desde luego. Pero no esta tarde, sino ahora mismo —decidió Gary Selten.

* * *

La víbora cornuda del Sahara no se conformó con hincar sus agudos colmillos en el seno derecho de la horrorizada Abby McGraw. Le mordió también el otro pecho, y luego intentó morderla en el cuello, pero no llegó a hacerlo, porque la muchacha se la quitó de encima de un zarpazo.

La serpiente cayó al suelo.

Edward Lansing maldijo con su voz de flauta travesera.

—¡Me has vuelto a fallar, estúpida! Abby no respondió.

Siguió chillando, agitándose, y pataleando, presa del más puro ataque de histeria. La serpiente la había mordido en ambos pechos.

¡Y
era
venenoso!
¡Iba
a
morir...!

Edward Lansing ordenó:

—¡Coge a la víbora cornuda y métela en su jaula, Bruno! El gigante se apresuró a obedecer.
El científico le dio una bofetada a Abby.
—¡Basta de chillidos, señorita McGraw!

—¡La víbora me ha mordido...! ¡Voy a morir...!
Lansing le dio otra bofetada.
—¡No va a morir!
—¡Sí, el veneno me matará!

—¡No hay tal veneno! ¡La engañé, señorita McGraw! La esperanza renació en la muchacha.

—¿Me engañó?
—¡Sí!

—¿No es venenosa la serpiente cornuda del Sahara...?

—¡Ya lo creo que lo es, pero el ejemplar que la mordió a usted carece de las glándulas productoras del veneno! ¡Yo se las extirpé!
—¿Entonces...?
—¡Seguirá usted viva, señorita McGraw!

Abby se cubrió el rostro con los brazos y empezó a llorar.

Ya no se agitaba ni pataleaba, aunque su cuerpo seguía temblando sobre la alargada mesa, estremecido por todo el horror vivido hacía tan sólo unos minutos.

Abby se
sentía
desfallecida.
Sin

fuerzas
para
nada.

Ni siquiera parecía acusar el dolor que sin duda debía sentir en ambos senos, en donde los feroces colmillos de la víbora cornuda del Sahara habían dejado unas marcas muy claras, por las que brotaba la sangre.

Edward Lansing cogió el botiquín y dijo:

—Le curaré las mordeduras, señorita McGraw. La joven no respondió.

Continuó con los brazos sobre la cara, llorando amargamente. El científico le limpió la sangre con un algodón.

—¿Sabe que tiene unos pechos muy hermosos, señorita McGraw? —oo mentó. Abby retiró los brazos de su rostro, bañado en lágrimas, y lo miró.
—¿Usted lo sabía, ¿verdad?
—¿Qué tiene los pechos hermosos?
—Que la víbora cornuda del Sahara iba a morderme en ellos.

—No, no lo sabía.
—Me ordenó que me quitara el sujetador.

—Para que la víbora cornuda del Sahara se paseara más a gusto por su cuerpo, sólo por eso.
—Miente.
—Le estoy diciendo la verdad, señorita McGraw.

—Usted disfruta viéndome sufrir, confiéselo.
—En absoluto.

—Es usted un sádico, profesor Lansing. Goza con mi terror, con mi angustia, con mi repugnancia, con mi dolor...
El científico sacudió la cabeza.

—No es verdad, no es verdad. Sólo quiero que se haga usted amiga de las culebras, señorita McGraw.

—¿Qué mal le he hecho yo? ¿Por qué tiene que atormentarme de esta manera tan cruel y despiadada?

—No es mi deseo atormentarla, señorita McGraw. Le repito por enésima vez que sólo quiero que pierda usted el miedo y el asco que siente hacia las serpientes. Una vez conseguido, podrá trabajar usted para mí.

—Ya no quiero trabajar para usted, profesor Lansing.
—Necesita el empleo, ¿recuerda?

—Prefiero morirme de hambre a trabajar con sus asquerosas culebras. Las pupilas de Edward Lansing despidieron un centelleo.

—Me temo que no tendrá alternativa, señorita McGraw, porque no pienso dejarla salir de aquí.
—¿Nunca?
—Jamás.

Abby sintió deseos de atacar al científico, pero se contuvo al ver regresar al mastodonte de Bruno.
—La víbora cornuda del Sahara está en su jaula, profesor Lansing —informó.
—Bien.

Edward Lansing acabó de curar las heridas que la víbora cornuda causara en los pechos de Abby McGraw, y dijo:
—Esto ya está.
—Déme el sujetador, profesor Lansing —rogó la joven.

—No, permanecerá con los pechos desnudos. Le dolerán menos que si los oprime con el sostén.

Abby apretó los labios.

—Esa no es la verdadera razón, ¿verdad? Lansing sonrió.
—No es la única, al menos.

—¿Cuál es la otra? ¿Que usted y su peludo ayudante desean seguir contemplando mi busto?

—Es otra de las razones.
—Hábleme de la tercera.

—Es la más importante, señorita McGraw. Voy a someterla a una última y definitiva prueba.
Abby se aterró de nuevo.

—Hará que otra culebra se pasee por mi cuerpo desnudo, ¿eh?
—Culebras, en plural.

El terror de la muchacha se acentuó.

—¿Varias a la vez...?
—Efectivamente, señorita McGraw —asintió el científico.

—¿Venenosas...?

—Por supuesto. Y, esta vez, no habrá engaño. Cuatro serpientes de cascabel se pasearán al mismo tiempo por su cuerpo desnudo, señorita McGraw. Y las cuatro conservan sus glándulas productoras de veneno. Si la muerden, morirá usted irremisiblemente.

Abby estuvo a punto de desmayarse de pánico.
—Dios mío, no... —gimió, con voz estrangulada.

—De usted depende que las serpientes de cascabel la muerdan o no, señorita McGraw. Ya vio lo que ocurrió con la serpiente toro y la víbora cornuda del Sahara. Mientras usted se mantuvo quieta y silenciosa, se limitaron a pasearse por su cuerpo, disfrutando con la suavidad de su piel. No la hubieran mordido, de no haberse puesto usted histérica. Con las cascabel, ocurrirá lo mismo. Si permanece usted inmóvil y callada, no le harán nada, pero si se pone a chillar y empieza a agitarse, le clavarán sus colmillos en el cuello, en los pechos y en los muslos, y se irá usted inevitablemente al otro mundo.

Abby movió los labios, pero ningún sonido salió de su garganta. El terror le impedía hablar.
Y es que sabía que iba a morir.

No podría soportar el paseo de las cuatro serpientes de cascabel por su cuerpo desnudo, estaba segura de ello. Volvería a sentir un pánico cerval, chillaría, se pondría a patalear, y las serpientes la morderían y envenenarían su sangre, causándole la muerte en sólo unos minutos.

—Vigila a la chica, Bruno —dijo el profesor Lansing, y fue en busca de las cuatro serpientes de cascabel.

CAPITULO XII

Gary Selten, Christie Gray y el sargento Keach divisaron la solitaria casa.
—¡Ahí debe ser, teniente! —observó Christie.

—Hay un coche parado frente a la casa —ordenó Keach.
—Es un Plymouth —dijo Gary.

—Sí, no es el Ford de Norma Tandy —repuso Christie.
Gary detuvo el coche a sólo un par de metros del Plymouth de Abby McCraw.

—Salgamos.
Descendieron los tres del coche.

Tras observar de cerca el Plymouth verde, caminaron hacia la puerta y Gary pulsó el timbre de la casa.

Transcurrieron dos minutos, y nadie acudía a abrir. Gary oprimió nuevamente el timbre.
Pasó otro minuto más.
Después, la puerta se abrió y Edward Lansing se dejó ver.

El científico observó con extrañeza a los dos hombres y a la muchacha.
—¿En qué puedo servirles? —preguntó, con su ridícula voz.

—Soy Christie Gray —se presentó la joven.
—¿Christie Gray...?

—La chica que llamó por teléfono.

—Oh, sí, ya recuerdo... Pero le dije que viniera a las cinco, ¿no? Gary intervino:

—Soy el teniente Selten, de la policía de San Francisco —mostró su placa—. Y éste es el sargento Keach.

El sargento movió ligeramente la cabeza, a modo de saludo. Edward Lansing no pudo reprimir un respingo.
—¿Policías...?

—Sí —asintió Gary.

—No entiendo. ¿Qué es lo que pasa? —preguntó nerviosamente el científico.
—En primer lugar, díganos su nombre.

—Soy el profesor Lansing; Edward Lansing.
—A qué se dedica, profesor Lansing?

—A la investigación. Soy científico.
—Y necesita una ayudante, ¿no?

—Así es. Por eso puse un anuncio en el periódico.
—Norma Tandy leyó ese anuncio.

—¿Quién?
—Norma Tandy. ¿No le dice nada ese nombre, profesor Lansing...?

—Pues, en este momento... —carraspeó el científico—. Son varias las chicas que han llamado solicitando el empleo, y no recuerdo bien los nombres de todas.

—Norma Tandy era una muchacha morena, guapa, bien formada. Y digo «era» porque esta mañana ha aparecido muerta en un lugar de la costa, oculta entre unas rocas,

completamente desnuda y con varias mordeduras de serpiente en su cuello, en sus pechos, y en sus muslos. Y algunas de las serpientes eran venenosas. Eso fue lo que le causó la muerte.

El nerviosismo de Edward Lansing se acentuó.
—Un suceso horrible, teniente —murmuró.

—¿Estuvo aquí Norma Tandy, profesor Lansing? —siguió interrogando Gary Selten.
—No.

—¿Seguro?

—Sí, no tengo la menor duda al respecto, teniente. No me dice nada el nombre de Norma Tandy, ni la descripción de su físico corresponde a ninguna de las chicas que han venido a esta casa, tratando de conseguir el empleo.

—Empleo que sigue vacante, ¿no?
—Así es.
—¿Por qué? ¿No le han gustado las chicas que lo han solicitado, profesor...?

—Digamos que no reunían las condiciones necesarias para desarrollar su trabajo con efectividad —carraspeó de nuevo el científico.

—¿Qué clase de trabajo, exactamente?
—Ayudarme en mis investigaciones.

—¿Y qué es lo que investiga usted, profesor Lansing?
—Oh, muchas cosas. Mi campo de trabajo es muy extenso, teniente.

—¿Por qué no nos muestra su laboratorio, profesor?
—Me encantaría, pero en este momento no puede ser.

—¿Por qué?

—Estoy realizando un experimento, y todo está revuelto. Si vuelven dentro de un par de horas, les enseñaré con mucho gusto mi laboratorio. ¿De acuerdo, teniente?

Gary empujó suavemente al científico.

—Queremos verlo ahora, profesor Lansing —dijo,

entrando en la casa. El sargento Keach y Christie Gray entraron también.
Edward Lansing, cada vez más nervioso, insistió:

—Teniente, ya les he dicho que todo anda revuelto, a causa del experimento que estoy realizando, y...
—No se preocupe por eso, profesor. No tocaremos nada, nos limitaremos a mirar.
—Pero...

—¿En qué consiste su experimento, profesor Lansing?
—Pues...

—¿Por qué vacila, profesor?
—Bueno, es que...
—¿Se trata de un experimento secreto?

—En cierto modo, sí.
—¿Y delictivo...?

—¡Oh, no!

—Cierta clase de experimentos no están permitidos, profesor Lansing.
—Lo sé.

—¿No investigará usted, por casualidad, el comportamiento y las reacciones de las

serpientes, incluidas la venenosas...? Edward Lansing palideció visiblemente.

—Bueno, yo...
—Lo he adivinado, ¿verdad, profesor?

—Estudio a las culebras, es cierto, pero...

Gary lo agarró con fuerza de la bata, y como el científico pesaba tan poco, casi lo levanta del suelo.
—Conque estudia a las culebras, ¿eh?
—Sí, pero...

—Confiese que Norma Tandy estuvo aquí.
—¡No, no estuvo!

—¡Confiéselo, -profesor Lansing! ¡Norma Tandy estuvo aquí, en su laboratorio, y varias de sus culebras la mordieron, causándole la muerte!

—¡No es cierto!

—¿Fue un accidente, o formaba parte de uno de sus experimentos? —continuó interrogando Gary, sin soltar al científico.

—¡No soy responsable de la muerte de esa muchacha! ¡No sé nada, teniente!
—¡Sus serpientes la mataron, confiéselo de una vez!

—¡No, está equivocado! ¡Norma Tandy no murió en esta casa! ¡Jamás estuvo aquí! — siguió negando Edward Lansing.

Gary le soltó la bata, pero lo agarró del brazo, con mucha fuerza. El científico emitió un genio de dolor.
—¡Me hace daño, teniente!
—¡Llévenos a su laboratorio, profesor Lansing! —ordenó Gary, y lo obligó a caminar.

CAPITULO XIII

Empujado por el teniente Selten, Edward Lansing no tuvo más remedio que dirigirse a su laboratorio y confiar en la extraordinaria fortaleza de Bruno, su fiel ayudante.

Sólo él podía librarle de los policías.

Si conseguía sorprenderlos y dejarlos atontados a golpes, las culebras se encargarían del resto.

En cuanto a Christie Gray...

También de ella se encargarían las culebras, sólo que más lentamente.

Christie Gray reemplazaría a Abby McGraw, cuando las serpientes cascabel mordiesen a ésta y le causaran la muerte, de lo cual no dudaba el loco científico, pues estaba seguro de que Abby no resistiría el paseo de las cuatro serpientes venenosas por su cuerpo desnudo sin chillar ni agitarse como una posesa.

Si Abby McGraw continuaba con vida, era gracias al teniente Selten, al sargento Keach y a Christie Gray, que habían llegado justo en el momento en que el profesor Lansing iba en busca de las cuatro serpientes de cascabel.

Para Abby, oír sonar el timbre de la casa fue como para un náufrago encontrar un madero de donde poder agarrarse y mantenerse a flote, y la esperanza de poder escapar de aquella especie de horrible pesadilla que estaba viviendo renació en ella.

Pero Bruno actuó rápido y le colocó una férrea mordaza, para que no pudiera gritar, y luego la ató con una cuerda, para que no pudiera soltar la correa que sujetaba su cintura y brincar de la alargada mesa.

Y así continuaba, mientras el hercúleo Bruno se preparaba para sorprender a los dos policías, pues lo había escuchado todo desde la puerta del laboratorio y sabía que el profesor Lansing había sido descubierto.

Abby nada podía hacer para advertirles del peligro que corrían.

La dura mordaza no le permitía emitir sonido alguno, y la cuerda que cercaba sus brazos y su pecho desnudo la mantenía sujeta contra

la mesa de los suplicios, como la había bautizado mentalmente ella, tras el mal rato que le había hecho pasar la víbora cornuda del Sahara, y el mal rato que todavía debían hacerle pasar las cuatro serpientes de cascabel, antes de hincarle sus colmillos y mandarla al otro mundo con su veneno.

Mientras tanto, Edward Lansing seguía avanzando hacia su laboratorio, fuertemente cogido del brazo por Gary Selten. El sargento Keach y Christie Gray iban detrás.

El científico señaló la puerta de su laboratorio.

—Es por ahí —murmuró.

—Vamos —rezongó Gary, empujándolo de nuevo.

Edward Lansing abrió la puerta y empezó a descender por la escalera de semicaracol, acompañado del teniente Selten, que no le soltaba el brazo.

Christie Gray y el sargento Keach descendieron también. Se detuvieron todos al pie de la escalera.

Christie no pudo emitir grito alguno, a pesar de que lo intentó al ver tantas serpientes, algunas de ellas realmente monstruosas, como la boa y la pitón.

Y es que el terror había paralizado sus cuerdas vocales.

También el teniente Selten y el sargento Keach estaban visiblemente impresionados, pues no esperaban que hubiera tantas culebras en el laboratorio del profesor Lansing, ni que algunas de ellas tuviesen un tamaño tan colosal.

Desde la mesa a la que se hallaba sujeta, Abby McGraw descubrió a los dos policías y a la muchacha. Ellos, sin embargo, no la habían visto todavía a ella, porque las numerosas jaulas de serpientes dificultaban enormemente la visión del fondo del laboratorio.

Abby intentó nuevamente gritar.

—¡Mmmm...! —fue lo único que la mordaza le permitió decir. O sea, nada.
Abby, desesperada, empezó a patalear.
Eso sí podía hacerlo, porque Bruno no le había atado las piernas.

Pero poco ruido pudo armar, ya que la habían despojado de sus zapatos, y con los pies desnudos... Aun así, intentó hacer todo el ruido posible golpeando la mesa con sus talones.

—¡Mmmm...! —repitió, mientras pataleaba rabiosamente.

Afortunadamente, consiguió llamar la atención de los policías y la chica pelirroja.
—¡Hay alguien al fondo del laboratorio, teniente! —exclamó el sargento Keach.

—¡Es una mujer! ¡Y está atada y amordazada! —observó Christie.
—Y desnuda, si la vista no me engaña —rezongó Gary.

Edward Lansing intentó soltarse, pero la fuerte mano del teniente Selten siguió aferrando su delgado y corto brazo.

—Este era su experimento, ¿eh, profesor Lansing? —mascculló Gary, mirando con dureza al científico—. La chica es otra víctima, como antes lo fue Norma Tandy. ¿También a ella debían matarla sus culebras, maldito loco...?

Lansing no respondió.

Buscaba a Bruno con la mirada, pero no lo veía por ninguna parte. Y es que el gigante se había escondido perfectamente.

Abby McGraw sí sabía dónde se hallaba Bruno, pero la mordaza le impedía revelarlo.
—Acudamos en ayuda de la chica, teniente —dijo Keach.

—Sí, vamos —respondió Gary, empujando al profesor Lansing hacia el fondo del laboratorio.

Christie Gray también movió las piernas. Le temblaban.

Y es que se preguntaba si no habría alguna serpiente suelta, presta a atacar. Por fortuna, no la había.

El único que andaba suelto, era Bruno.
Y era tan peligroso o más que las serpientes.

Lo demostró saliendo repentinamente de su escondite y saltando como un gorila sobre los policías.

—¡Cuidado, sargento! —gritó Gary Selten, que fue el primero en descubrir al gigantesco ayudante del profesor Lansing.

Keach se revolvió, pero no pudo impedir que Bruno le propinara un tremendo golpe con su puño en el cuello, y se desplomó, emitiendo un ronco gemido.

Christie Gray chilló, aterrorizada por el aspecto de Bruno.

Gary Selten soltó al profesor Lansing, para poder hacer frente a aquella especie de gigantesco orangután.

—¡Atrás, Christie! —rugió, temiendo que la muchacha resultara lastimada en la lucha. La joven se retiró a toda prisa.
Edward Lansing dio un grito de loco.
—¡Duro con él, Bruno! ¡Atízale fuerte!

El gigante descargó su descomunal puño sobre la cabeza del teniente Selten, pero éste esquivó el golpe y respondió con un terrible puñetazo al hígado del ayudante de Lansing. Bruno lanzó un bramido de elefante y se dobló, acusando claramente el golpe.

Gary disparó el otro puño, que percutió duramente en la peluda cara del gigante, quien se tambaleó, aunque no llegó a perder el equilibrio.

Edward Lansing se mordió los puños con rabia.

—¡Vamos, Bruno! ¡Eres más alto y más fuerte que el teniente Selten! ¡Puedes vencerle! Bruno se recuperó y atacó de nuevo al policía, dando un rugido de cólera.

Gary, que poseía grandes reflejos y una agilidad envidiable, burló de nuevo la acometida de aquella especie de conglomerado de músculos y pelos que era el ayudante del profesor Lansing, y contraatacó tan dura y eficazmente como antes.

Bruno sintió que el puño del policía se hundía por segunda vez en su hígado, y se encogió de nuevo, soltando otro elefantesco bramido, más fuerte aún que el anterior, porque también el dolor fue ahora más terrible, al llover sobre mojado.

Gary no le concedió respiro, y le estrelló el puño en la sien. Bruno estuvo a punto de caer.

Como no fue así, Gary entrelazó las manos y las descargó sobre la nuca del gigantón. El mazazo, realmente tremebundo, puso fuera de combate a Bruno.

Al ver desplomarse a su ayudante, sin conocimiento, Edward Lansing dio un rugido de rabia.
—¡Maldito estúpido!
Gary se volvió hacia él, con gesto amenazante.

El científico, viéndose perdido, hizo algo que puso los pelos de punta a Christie Gray. ¡Estaba abriendo las jaulas de las serpientes!

¡La
de
la
boa!
¡La
de
la
pitón!
¡Y
otras
muchas!

—¡Gary...! —chilló Christie, horrorizada, porque las serpientes ya estaban saliendo de sus jaulas.

El policía extrajo velozmente su reglamentario revólver.

—¡Reanima al sargento Keach, Christie! ¡Lo necesito! —rugió, y empezó a disparar sobre las serpientes.
La muchacha, dominando su terror, corrió hacia donde yacía Keach y lo zarandeó.
—¡Despierte, sargento...! ¡Nos atacan las serpientes...!

Más que los zarandeos de Christie, fueron los disparos de Gary los que hicieron volver en sí al sargento
Keach, quien, al ver lo que estaba sucediendo, echó rápidamente mano de su revólver y

se puso a disparar también contra las culebras.

Gary le había destrozado ya la cabeza a la monstruosa boa, y ahora disparaba sobre la cabezota de la pitón.
El profesor Lansing seguía abriendo jaulas, mientras chillaba:

—¡Mordedlos...! ¡Matadlos...! ¡Devoradlos! Los estampidos asustaban a las culebras.

Fue algo que Edward Lansing no tuvo en cuenta, y bien caro pagó su error, ya que una serpiente cobra se proyectó velozmente sobre su cuello y clavó los colmillos en él, inyectándole su mortífero veneno.

El científico dio un chillido y cayó al suelo, agarrándose el cuello con ambas manos, desesperadamente.

—¡Me has mordido, perra! ¡Has mordido a tu amigo...! Sí, la peligrosa naja había pordido al profesor Lansing. Al amigo de las culebras.

Y le iba a causar irremisiblemente la muerte.

E P I L O G O

El teniente Selten y el sargento Keach acabaron con todas las serpientes que Edward Lansing había dejado salir de sus jaulas, incluida la serpiente cobra que mordiera al científico en el cuello.

El profesor Lansing ya no se movía. Parecía muerto.
Gary se acercó a él y comprobó que era ya cadáver.
—El mismo provocó su muerte... —murmuró.

El sargento Keach le estaba colocando ya las esposas a Bruno, quien seguía inconsciente. Y aún tardaría bastante en despertar, porque el hachazo del teniente Selten no pudo ser más terrorífico.

Gary y Christie se ocuparon de soltar a Abby McGraw, quien entre sollozos, explicó que las mordeduras que tenía en el cuello y en los pechos, ahora protegidos por el sujetador, no revestían peligro, ya que no le habían sido causadas por serpientes venenosas.

Después, un poco más calmada ya, refirió todo lo que le había sucedido en aquella maldita casa.

Más tarde, en la comisaría, Bruno confesó que él había llevado el cadáver de Norman Tandy a aquel lugar solitario de la costa, dejándolo oculto entre las rocas. Se lo ordenó el profesor Lansing, así como que llevara lejos el coche de Norman Tandy.

Bruno explicó dónde había dejado el Ford azul de Norma.

El profesor Lansing no quiso que ocultara juntos el cadáver y el coche, porque si los encontraban, el vehículo serviría para identificar a Norma Tandy, lo cual no deseaba el científico.

Aquella misma noche, Gary Selten acudió al apartamento de Christie Gray. Y, como lo hizo sin avisar, la muchacha se llevó una grata sorpresa.
—¡Teniente Selten! —exclamó.
—Me llamabas Gary, ¿recuerdas?

—Sí, es cierto.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

—¿Puedo besarte?
—Claro.

—¿Puedo pasar la noche contigo?
—¿Sólo ésta?
—Y las que vengan después.

—¿Estás seguro de poder dedicarme tanto tiempo...?
Selten, que ya la tenía en sus brazos, la apretó contra sí y confesó:

—Me he enamorado de ti, Christie, y esto puede acabar en boda, si tú sientes lo mismo por mí.
—¿Tú qué crees?
—Diría que también me quieres, pero no estaré seguro hasta que haga el amor contigo.

—Lo estoy deseando, Gary —confesó Christie.

—Yo también —sonrió el policía, y la besó con ganas, al tiempo que la estrujaba literalmente contra su pecho.

F I N

